

CARLO DI PIETRO

HOMBRES DEL SILENCIO

ROY ROWAN

Hombres del silencio

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr, Julián Álvarez 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 15.089 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

Capítulo Primero

Los habitantes de la isla, y más que a isla se podría denominar continente a tenor de su extensa superficie, habían adquirido con respecto a sus congéneres del mismo planeta un inverosímil progreso científico tan extraordinario, que la diferencia en el cultivo de las diversas ramas del saber humano era de muchos siglos de adelanto; de modo tal que, mientras gran parte de los habitantes del mismo planeta desconocían el elemental y primer descubrimiento, el uso del fuego, para los de la isla no tenía secretos el empleo de la energía nuclear. Celosos guardianes de sus vastos conocimientos, circunscritos a los hombres de ciencia en las distintas disciplinas, no los compartían con los otros pobladores del globo a quienes consideraban una variante más de las muchas especies de animales, semejantes a ellos únicamente en el aspecto físico.

Por una de las grandes avenidas de la capital de la isla, pavimentada con gruesas baldosas de mármol exagonal, cuatro jóvenes cuya edad no rebasaría en ninguno de ellos a los veinticinco años, altos y de constitución sumamente robusta, andaban con cierta premura hacia el espléndido palacio real, ubicado en el extremo de la espaciosa calle y cerrando el paso a la misma.

En el interior del recinto, y paseando por los bien cuidados jardines, un hombre de cabello encanecido parecía aguardar su llegada, pues tan pronto los vio acudió a su encuentro.

—El Rey os está esperando, vamos allá —dijo por todo saludo.

—Cuando quiera, profesor.

Efectivamente, el soberano aguardaba a los cuatro jóvenes a quienes había concedido una audiencia especial, en una de las suntuosas salas del regio palacio. Una vez fueron introducidos a su presencia, se levantó del sitial y descendió los tres escalones que lo separaban de sus visitantes. Vestía un sencillo pantalón y un jersey ajustado al cuerpo, al igual que la mayoría de sus súbditos. Únicamente, a manera de adorno, se apreciaba una gruesa cadena de oro alrededor del cuello del que pendía un grueso medallón de

igual metal, incrustado de rojos rubíes con la configuración del contorno de la isla que regía. Era el único símbolo de su realeza.

—Éstos son —presentó el acompañante de los cuatro jóvenes— los hombres que por sus condiciones físicas, culturales y familiares han sido seleccionados para la exploración del espacio de nuestro sistema solar.

—Acercaos, muchachos —dijo amablemente el monarca con voz que parecía carecer de inflexiones—, ¿cuál es tu misión? —preguntó seguidamente al que tenía más cerca de sí.

—Me llamo Tabis, señor. Soy el telépata de a bordo y médico de la expedición.

—Mi nombre es Isión, señor. Soy el astrónomo y jefe de navegación —presentóse el segundo antes de ser interrogado.

—Yo soy Cario, el ingeniero responsable del cuidado de la nave y piloto de la misma.

—Sparos es el mío. Mi especialidad es la biología.

—Sé que, pese a vuestra juventud, cada uno de vosotros posee con respecto a sus estudios un perfecto grado de adiestramiento, pero es mi deber explicaros una vez más cual es la misión para la que habéis sido seleccionados. Vais a emprender un vuelo espacial sin rumbo prefijado y sin siquiera saber cuántos años va a tener de duración. ¿Cinco, diez, veinte, cuarenta? Nadie puede presumirlo y aunque se han tomado toda clase de medidas para garantizar vuestro retorno, tampoco se os puede asegurar de que así ocurra. Cualquier incidente imprevisto, puede ocasionaros la muerte. Ninguno de vosotros tiene familia por la cual haya de sentir inquietud; sabéis que según sea la duración del viaje a vuestro regreso muchos de los amigos y conocidos actuales pueden haber dejado ya de existir y los que ahora tienen una edad semejante a la vuestra sean ya unos ancianos, mientras que para vosotros habrán transcurrido unos meses, unos pocos años, a lo sumo, de vuestras vidas. Bien, sobradamente conocéis las perspectivas que os aguardan, por tal razón, repito, mi obligación es preguntaros: ¿deseáis continuar adelante con el experimento?

Sí, majestad —fue la unánime respuesta de los cuatro voluntarios.

—Pues id, y que la suerte os acompañe.

Y después de abrazar a cada uno de los jóvenes, el monarca salió de la sala, dando por terminada la audiencia.

En la gran explanada destinada a las experiencias de los vuelos por el cosmos, todo estaba preparado para el futuro lanzamiento de la nave espacial. En las espaciosas salas repletas de conmutadoras y

cerebros electrónicos, todos los hombres, en perfecta coordinación, estaban dispuestos en sus sitios atentos a los tableros de mandos que cada uno tenía asignado. Entretanto, en el interior de la astronave tendidos en estrechas celdas herméticamente cerradas por duro material transparente y a las cuales ya se había producido el vacío, reposaban los cuatro tripulantes que ya habían sido sometidos previamente al experimentado tratamiento de hibernación total. Sobre el pecho, y a la altura del corazón, tenían colocados los electrodos destinados a emitir los impulsos eléctricos necesarios para forzar la sístole y diástole de la víscera, en las fosas nasales y boca una diminuta bomba debía de provocar la inspiración y aspiración de los pulmones, y en el antebrazo derecho clavada en la vena una fina aguja hipodérmica que, mediante un delgado tubo, estaba unida a un frasco de hemojacia, poderoso vivificador, que gota a gota penetraría en la corriente sanguínea, a medida que en los cerrados compartimientos aumentara paulatinamente la temperatura y se inyectara automáticamente el aire indispensable para devolver la vida a aquellos seres en apariencia desprovistos de ella, cuando desde la base de control dieran la orden a los mecanismos de a bordo para iniciar el proceso de recuperación.

La expectación era enorme. Por primera vez en la historia de la isla, una nave surcaría los espacios astrales mas allá de su propio sistema planetario. Poco a poco, los diversos científicos que habían intervenido en la ultimación del desarrollo del ambicioso plan, abandonaron la pista de lanzamiento hasta quedar únicamente en ella el brillante ingenio tripulado por cuatro voluntarios en estado de vida latente. Al penetrar en las repletas salas de control, se hizo un silencio impresionante en espera del gran acontecimiento. De pronto, el jefe de coordinación del proyecto pulsó el contacto de la puesta en marcha y muchos pares de ojos, a través de los grandes ventanales de la planta, vieron expectantes como la nave ascendía primero lentamente, para cobrar ininterrumpidamente progresiva velocidad hasta perderse en la infinita bóveda celeste. A partir de aquel momento, la astronave únicamente sería observada y dirigida por control remoto.

El ingenio volador, durante los meses sucesivos, continuó impulsada por la fuerza motriz generada por la energía cósmica de los motores a una velocidad de dos cientos mil kilómetros por hora y dirigida hacia la ruta prevista y controlada desde la base de la isla. Mas súbitamente, experimentó una ligera sacudida y quedó sin control. Su vuelo no obedecía ya a un control preciso, volaba en

todas y a la par en ninguna dirección. Pero los astronautas no se percataron de ello porque continuaban sometidos al estado de hibernación.

¿Qué había ocurrido?

El cataclismo. De manera fortuita se había producido en la isla la gran catástrofe de la cual sólo se conservarían en el transcurso de los milenios la tradición de las espeluznantes narraciones hechas por los escasos habitantes que pudieron salvarse y refugiarse en los territorios cercanos. Después, las descripciones de su género de vida, debido a la gran diferencia cultural con los pueblos donde se asentaron, serían tomadas como simples fábulas carecientes de toda veracidad.

Todo empezó cuando, a consecuencia de un incidente imprevisto hizo explosión la gran central nuclear productora de toda la energía que se consumía en la isla. A raíz de la misma, todo el seno del globo se estremeció. Seguidamente, las entrañas del planeta parecieron tomar venganza y como por arte de magia emergieron numerosos volcanes en violentas erupciones destruyendo en pocos momentos los pueblos y ciudades cercanas. A las terroríficas erupciones siguieron continuos terremotos que resquebrajaban la superficie de la tierra devastando toda la ingente labor producto de muchos siglos de esfuerzo de aquella raza superdotada. La consumación del desastre fue una última aterradora convulsión sísmica que hundió el nivel del territorio, quedando barrido por pavorosas olas procedentes de las revueltas aguas de los mares colindantes. Al restablecerse la calma de los enfurecidos elementos de la naturaleza, la gran isla había sido totalmente destruida y sepultada bajo las aguas marinas; en el lugar donde estaba una gran extensión de tierra firme habitada por unos hombres de prodigioso adelanto científico, había quedado un océano. Pero, de aquella extraordinaria civilización, quedaba todavía una astronave perdida en el espacio, ocupada por unos jóvenes desprovistos de vida activa e ignorantes de la horrible tragedia que había aniquilado a su pueblo.

CAPÍTULO II

El ser inteligente que ocupaba el asiento contiguo al piloto de la astronave circular, se percató que el ultrasensible radar de a bordo había localizado un objeto balanceándose en la inmensidad del espacio al observar la pequeña señal luminosa en el tablero de mandos que tema frente a él.

—El radar detecta un objeto en el espacio, comandante —hizo saber con profunda voz ronca al piloto.

—Orienta la pantalla telescópica y ve de qué se trata.

—Sí, comandante.

Enfocada la poderosa lente de aproximación al objeto causa de investigación, instantáneamente quedó reflejada en la iluminada pantalla otra nave espacial en forma de delta, oscilando lentamente hasta el extremo de parecer estar desprovista de movimiento.

—Mira, comandante —dijo con claras muestras de estupefacción el copiloto—, es una astronave extraña.

El piloto, con igual asombro, observó también detenidamente la imagen que mostraba la pantalla y no le cupo duda de la aseveración de su compañero: frente a ellos había otra nave espacial.

—Por las características esta máquina no pertenece a nuestro pueblo, ¿la destruyo, comandante?

—Espera. Llama primero a la base e informa.

El copiloto no se hizo repetir la orden y estableció contacto radiofónico con su centro de comunicaciones.

—Aquí, nave espacial quince.

—Habla, nave espacial quince.

—Hemos localizado a una astronave a la deriva situada en un punto neutro relativo a las fuerzas de atracción de los astros, por la contextura no es una de la nuestras, esperamos órdenes.

Tras unos minutos de espera, escucharon otra voz emitida desde la lejana base.

—Acercaos e investigad cuanto podáis acerca de ella. Si

presumís de que váis a correr algún peligro no os expongáis; disparad y destruidla. De no ser así, tratad de apoderaros de la misma y traedla. No dejéis de informar de cuanto ocurre.

—Cumpliremos con la orden.

La nave espacial número quince, hábilmente pilotada, se acercó y reduciendo la velocidad a cero se colocó junto a la otra.

—Estamos a escasa distancia de la nave misteriosa y no ha iniciado ningún movimiento, da la impresión de no estar tripulada. Vamos a intentar remolcarla, siguiendo vuestras instrucciones.

—Conforme, hacedlo así.

El copiloto se vistió rápidamente con un traje espacial completo y después de abrir una escotilla lateral saltó al espacio provisto de unas finísimas, pero resistentes, cuerdas metálicas a cuyos extremos pendían potentes electroimanes. Después de colocar dos en su propia nave, mediante una pistola de propulsión, se acercó a la otra astronave e hizo igual maniobra, no sin antes haber intentado vislumbrar el interior, para regresar seguidamente. Una vez en el interior de su nave, informó:

—La operación está efectuada. Iniciamos el viaje hacia esa base.

Cuando la astronave número quince reemprendió la perdida velocidad, las cuerdas de unión entre ambas quedaron tensadas y emprendieron el mismo rumbo. La captura se había realizado sin ningún contratiempo.

Al llegar a la altura del pequeño satélite de un planeta de color rojizo, sonó de nuevo la voz autoritaria en el interior de la nave número quince.

—No aterricéis aquí, hacedlo con toda precaución en el aeropuerto número cuatro del planeta.

—Cumpliremos con la orden.

La nave captora, una vez fijado el rumbo indicado, inició las maniobras previas para el aterrizaje en el lugar previsto a tal fin.

Nave quince informando a base.

—Habla, nave quince.

—La fuerza de gravedad del planeta atrae a la nave cautiva, temo que los electroimanes de sujeción no tengan suficiente potencia para mantenerla asida y se estrelle. En estos momentos, debido a su gran peso, parece como si nos arrastrara a nosotros.

—Aterrizad lentamente y contrarrestad en lo que os sea posible la gravitación.

Pese a las precauciones tomadas, cuando parecía que la maniobra sería realizada satisfactoriamente, el vaticinio anunciado por el piloto se cumplió: al faltar veinticinco metros para tomar

tierra, la nave apresada se desprendió, inclinó la proa y se estrelló violentamente contra el suelo del astropuerto.

Y entonces, a consecuencia de la colisión, se inició el proceso. Al chocar rudamente contra el suelo se disparó el mecanismo de cese de la hibernación y, si bien los amortiguadores de las cabinas de encierre atenuaron la brusca sacudida, en los cuatro hombres del interior empezó la evolución del retorno a la vida activa.

Casi simultáneamente los cuatro jóvenes encerrados en sus respectivas celdas abrieron los compartimientos, se pusieron torpemente erectos y respiraron por sus propios medios el aire, muy enriquecido de oxígeno, del que se llenó automáticamente el vacío de la nave al iniciarse su recuperación a la vida.

—¿Cuánto tiempo hemos «dormido», Tabis? —fueron las primeras palabras que se pronunciaron.

—Mientras Cario lo comprueba, dejadme que os examine —respondió el interpelado.

—¡No es posible! —gritó horrorizada la voz del llamado Cario.

—¿Qué ocurre? —preguntaron los otros tres fijando en él la mirada.

—El computador del tiempo señala… no es posible —repitió—, señala miles de años.

—Establece comunicación con la isla.

—No es posible; la parte delantera de la nave ha debido de entrar en colisión y los transmisores están deteriorados al igual que la mayor parte de los instrumentos.

—Puede que el computador del tiempo también se haya estropeado y marqué una cifra errónea.

—Prueba tu a transmitir, Tabis —demandó otro.

El aludido se concentró tal como había sido adiestrado, e intentó establecer contacto telepático con el telépata receptor del centro de dirección de su, tal vez, lejano mundo.

Pasados más de veinte minutos, abandonó la estática y ausente postura y anunció:

—Nada. O ellos o yo no recibimos las ondas cerebrales.

Quedaron en silencio unos momentos, mientras sus organismos acababan de acomodarse a la vida recién recuperada. De improvisto, oyeron otra nueva exclamación de Cario que fue el primero de los astronautas en dirigir la mirada a través de las vitrificadas ventanas de la nave al exterior.

—¡Mirad, este planeta está habitado! —exclamó en tono en el que se advertía cierta repulsión.

Ciertamente, formando círculo alrededor de la nave había unos

extraños seres vestidos con trajes espaciales semejantes a los que ellos tenían dispuestos para usar en el caso, casi seguro, de aterrizar en un planeta desprovisto o de diferente atmósfera, empuñando unos raros artefactos.

Miraron con atención hacia aquellos seres y a través de las transparentes escafandras vieron unos rostros que los hicieron estremecer involuntariamente. Tenían el cráneo desprovisto de pelo, en los ojos no se apercibían párpados ni cejas y carecían totalmente de nariz y de pabellones auditivos, lo que les daba el aspecto de poseer la cabeza totalmente cilíndrica. En el lugar donde anatómicamente deberían de haber tenido los labios, mostraban una cerrada hendidura.

—¿Dónde estamos, Isión? —preguntó Tabis al astrofísico de la expedición.

—No puedo decírtelo, no lo sé. Únicamente puedo comunicaros lo que veis; hemos caído en un planeta habitado por seres inteligentes que, por las trazas, tampoco son naturales de él. ¿Qué vamos a hacer, Tabis? —preguntó a su vez.

—Esas criaturas de forma humana también nos están observando, vamos a salir e intentaremos establecer contacto con ellos. ¿Es respirable la atmósfera de este planeta, Sparos?

—Ignorando dónde estamos y sin previo análisis, nada puedo decir.

—Imitemos a esa gente y equipémonos con trajes espaciales, después saldremos al exterior y veremos que ocurre.

Poco después, se abría la escotilla de la astronave cautiva y descendían de la misma los cuatro expedicionarios.

Tan pronto como estuvieron fuera, aquellos individuos de configuración desconocida, retrocedieron unos pasos y de manera unánime dirigieron hacia ellos los artefactos que empuñaban. Isión, que fue el primero en descender, se les aproximó con las manos extendidas en señal de amistad, pero fue detenido en su avance por la voz de Tabis.

—¡Deténte, Isión! No des un paso más; sus intenciones no son pacíficas. Poseen una gran fuerza cerebral y me es fácil conocer sus pensamientos; están desconcertados y temerosos de nuestra presencia.

—¿Qué hago, Tabis?

—Aguarda, están recibiendo instrucciones por medio de unas transmisiones distintas a las empleadas por nosotros, pero yo capto con toda claridad sus ondas cerebrales.

Efectivamente, el jefe del grupo de aquellos extraños

humanoides, tras el mensaje radiado, alzó uno de sus brazos de extremada longitud con relación al cuerpo, y con los únicos tres dedos de que tenían provistas las manos, les señaló hacia una de las edificaciones del astropuerto.

Los cuatro jóvenes comprendieron la indicación y andaron hacia el lugar indicado seguidos siempre a prudencial distancia por sus captores que en ningún memento dejaron de apuntar con sus, a no dudar, mortíferas armas.

Al penetrar en el interior del edificio; los humanoides se despojaron de los trajes espaciales y ya sin escafandra, Tabis observó de inmediato los tres repliegues tegumentarios que todos ellos tenían a ambos lados del cuello.

—Su sistema de respiración parece ser branquial, semejante a los peces de nuestros mares.

Seguidamente, fueron introducidos en una gran sala repleta de mesas de trabajo con sus respectivos asientos, grandes armarios, archivadores, gráficas adosadas a las paredes y diversa maquinaria auxiliar electrónica. Al entrar, los humanoides que la ocupaban no cesaron ni un momento de observarlos y a pesar de sus inamovibles facciones todos los rostros denotaron la alarma producida por la presencia de aquellos cuatro humanos con un grado de civilización, al parecer, al mismo nivel.

Uno de los raros seres dio una rápida orden con voz gutural e inmediatamente un subordinado colocó sobre una de las mesas un detallado mapa celeste que señaló a los humanos. Su deseo estaba del todo claro, deseaban conocer el punto de la galaxia de que procedían.

Isión se acercó, estudió detenidamente las estrellas representadas e indicó una sección extrema del mapa. Rápidamente el humanoide sacó otra gran cartulina y la depositó sobre la primera. Volvió Isión a su estudio y, sin vacilar, señaló una de las estrellas.

Tan pronto como lo hubo hecho, el humanoide, sumamente excitado, se fue hasta el jefe y sostuvieron una larga conversación. Después sacó otro mapa y lo colocó encima de los anteriores. En él estaba representado un sistema solar e Isión señaló, sin la más ligera vacilación, al tercer planeta en orden de aproximación a la estrella central.

El humanoide informó otra vez y nuevamente se entabló un prolongado diálogo. Luego, mediante señas, les hicieron salir para conducirlos a la nave, a cuyo alrededor montaron una nutrida y estratégica guardia a tenor de las posiciones que adoptaron.

Cuando los cuatro humanos se hubieron despojado de sus escafandras miraron a Tabis en muda interrogación.

—Hay algo incomprensible en las conversaciones que han sostenido esas criaturas, pues al mostrarles Isión el planeta de nuestra procedencia han interpretado que nuestra misión era estudiarlo porque, según ellos, no poseemos astronaves autónomas y todo cuanto hemos conseguido hasta el momento presente es sentar el pie en nuestro satélite por medio de naves portadas por poderosos cohetes, como si todavía estuviéramos en los inicios de nuestra etapa espacial. Dime, Isión, ¿era detallado el plano del sistema?

—Más perfecto no podía ser.

—Tengo la impresión, por algún pensamiento confuso que he podido captar y por la confirmación de Isión, de que no nos encontramos demasiado alejados de nuestro mundo. Cario, revisa los desperfectos y comprueba si puedes componer el equipo transmisor.

Durante la mayor parte de la noche Cario estuvo trabajando y hasta después de seis horas de continuo quehacer no anunció:

—Ya puedo intentar la transmisión; he podido reparar los circuitos dañados.

—Comunícate, pues, no esperemos más.

—Atento, centro de experimentación… Atención, centro de experimentación… Aquí astronave Universo… Aquí astronave Universo…

Durante una hora Cario intentó establecer comunicación, pero todo fue vano; no se recibió contestación a sus continuas llamadas.

—Es inútil, Tabis, no contestan. ¿Estaremos demasiado alejados y se perderán en el infinito nuestras ondas?

—Puede que sea así, pero lo dudo. No es posible que esas gentes tengan mapas detallados de todos los sistemas solares de la galaxia.

—¿Qué haremos ahora?

—De momento alimentarnos. Después, como seguramente tendremos más contactos con esos seres, procuraré averiguar en que lugar del cosmos nos hallamos.

Amaneció el nuevo día, y, mediante gestos, los humanoides los apremiaron a que descendieran de la astronave.

Al ser introducidos en la misma sala donde tuvo lugar el mudo interrogatorio a Isión, la concurrencia era mucho mayor. Sentado en un gran sillón había un personaje que, por las muestras de respeto de sus semejantes, debía de ser uno de los más altos jefes del planeta desconocido. A sus lados, empuñando sendos artefactos,

se había montado una guardia escalonada.

A una orden del alto jefe, se repitió la escena del día anterior e Isión señaló con idéntica decisión su planeta de origen.

Tras prolongados conciliábulos por parte de los humanoides, los cuatro jóvenes fueron confinados de nuevo a la astronave no sin cierta inquietud, pues habían confiado lograr un mejor entendimiento en la segunda entrevista.

—¿Has podido averiguar algo más, Tabis?

—No, continúan con las mismas dudas de ayer y creen que procedemos de otro sistema de la galaxia. Por tal razón, hoy ha venido exprofeso el jefe supremo de todos esos hombres, si es que podemos denominarlos como a tales, para prevenir la posible llegada de otras astronaves de la isla.

—Por la configuración del rostro más bien podría llamárseles hombres-pez —intervino Sparos.

Guardaron silencio y, mientras observaban a los guardianes del exterior a través de los ventanales de la proa de la nave, Isión comentó:

—Supongo que esas gentes no repetirán cada día el juego de los mapas celestes para encerrarnos después.

—Cario, ¿puedes reparar la avería e intentar el despegue? —preguntó Tabis que sin premeditación se había convertido en el jefe y a quien aceptaban como a tal.

—Es totalmente imposible a juzgar por los desperfectos del interior. Necesitaría maquinaria adecuada y técnicos especializados. Además, incomprensiblemente, no ha quedado ni un átomo activado por consumir.

—Bien, esperemos unos días más y si persisten en tenernos recluidos habremos de actuar de un modo u otro, pues aunque tenemos buenas reservas de alimentos y de gases para proporcionarnos aire y agua, no van a durar el resto de nuestras vidas. Mientras Sparos produce agua, tú, Cario, intenta otra vez la transmisión, yo por mi parte también lo haré.

—¿Qué misión me asignas a mí? —preguntó el astrofísico.

—No dejes de observar y si ves algo anormal avísame.

Transcurrió el día sin que, a pesar de las muchas tentativas, pudieran establecer comunicación con el centro de control de la isla, y aunque todos estaban visiblemente preocupados por la incierta situación en que se hallaban, ninguno hizo comentarios para no aumentar la zozobra de los demás.

Después de una cena frugal y al disponerse a acostarse en las mullidas celdillas donde fueron sometidos al proceso de

hibernación, Isión preguntó:
—¿Montamos una guardia, Tabis?
—¿Para qué? Nos hemos encerrado por dentro y además ya cuidan ellos de hacerla. Todos a dormir. No sabemos qué decisión tomarán acerca de nosotros y necesitamos estar en plenas facultades para afrontar cualquier circunstancia.

***

A los albores del tercer día de su estancia en el planeta desconocido, los humanos abandonaron sus lechos y al observar el exterior comprobaron, no sin sorpresa, que los hombres-pez, como les llamara Sparos, no montaban ya la consabida vigilancia alrededor de la astronave.
—Parece que han dejado de preocuparse de nosotros; ¿qué opinas, Tabis, nos ayudarán a reparar nuestra nave y nos dejarán partir?
—No lo sé, Cario, por el momento sólo puedo deciros cuanto ya sabéis. Estamos en un planeta desconocido, inhabilitable y habitado por unos seres tan ajenos a él como nosotros. La diferencia estriba en que ellos llegaron antes y lo han colonizado. Tal vez, si logramos hacerles comprender que nuestras intenciones son pacíficas, nos presten la ayuda necesaria.
Pero los acontecimientos próximos demostraron cuan equivocado estaba en su suposición.
Descendieron de la astronave y Cario se dedicó a examinar los desperfectos ocasionados por la colisión con el suelo, en lo que era la parte delantera, a la par que movía negativamente la cabeza mientras comunicaba el resultado de su estudio:
—Repito que con nuestros propios medios no puedo hacer nada. Definitivamente estamos a merced de los hombres-pez.
Y como si hubiera sido una señal convenida el hecho de nombrar a sus captores, apareció un vehículo en el astropuerto en dirección a ellos. Cario, en su calidad de ingeniero, fue el primero en percatarse de que el transporte no iba apoyado sobre ruedas sino que parecía flotar a unos cuarenta centímetros del suelo. Al parar, mediante señas con sus largos brazos, les indicaron que subieran y tan pronto lo hicieron, se puso nuevamente en marcha adquiriendo prontamente gran velocidad.
Fueron conducidos a un poblado, a juzgar por las muchas edificaciones de una sola planta y unidas entre sí por una red de cerrados pasadizos, bordeado de una tupida alambrada electrificada de unos cuatro metros de altura. El vehículo se paró frente a una

enrejada puerta que poco después fue abierta por la pareja de humanoides que montaban guardia en la misma. Paró frente a una planta de vastas dimensiones y allí, siempre mediante gestos, fueron invitados a descender y penetrar en el interior. Era una gran instalación industrial en la cual multitud de aquellos extraños seres, desprovistos de trajes espaciales, trabajaban afanosamente bajo la constante vigilancia de otros convenientemente armados y situados en pasillos superiores construidos a todo lo largo de las paredes laterales.

El hombre-pez que los introdujo habló con manifiesto respeto a uno de los aparentes trabajadores y le dio instrucciones acerca de los cautivos, porque Tabis se dirigió a sus compañeros para decirles:

—Nos consideran prisioneros y nos han traído a este lugar para hacernos trabajar. Por tanto, hemos de desechar toda esperanza de que nos proporcionen la más insignificante ayuda.

—¿Y qué haremos Tabis? —preguntó Isión que era el más imaginativo del grupo.

—No lo sé, de momento mostrarnos sumisos, después ya procuraremos enterarnos de cuál es la posición de este planeta en el universo e intentar regresar a nuestro mundo, cosa que preveo nos va a resultar muy difícil.

CAPÍTULO III

Transcurridos tres meses de trabajos forzados para los humanos, durante los cuales Tabis, por su condición de telépata, aprendió el cultural idioma de sus captores. En la gran factoría, provista de aire artificial perfectamente respirable para ellos y constante temperatura templada, siempre fueron destinados a los trabajos más rudos, motivado por su patente superior fuerza física.

Después de un agotador día de trabajo los cuatro jóvenes cautivos, quienes en la isla se habían dedicado exclusivamente al estudio, al sonar los tres intermitentes pitidos penetraron en uno de los comedores comunes dispuestos por largas mesas y bancos con los soportes empotrados en el piso. Se acababa de servir en los platos metálicos alineados sobre las mesas un humeante guiso a base de algas de alto valor nutritivo, cuando el hombre-pez sentado junto a Isión, de manera premeditada, con el codo le empujó el plato derramándole el contenido sobre el abdomen y piernas.

La reacción del normalmente pacífico Isión fue rápida. Con la mano zurda pegó una tremenda bofetada en el rostro de su ofensor y lo derribó al suelo.

Cuando se levantó, Isión ya lo aguardaba de pie y le atizó un tremebundo derechazo en el mentón que lo lanzó a varios metros de distancia. Inmediatamente varios de los humanoides atacaron simultáneamente al humano, pero éste con certeros y terribles puñetazos, antes de que sus compañeros acudieran en su ayuda, también los había derribado. En total, cinco hombres-pez estaban tendidos en el suelo.

A consecuencia del cautiverio, de las muchas horas de trabajo a que estaban sometidos y del desesperado porvenir que les aguardaba, Isión había perdido el control de los nervios y no cesaba de gritar:

—¿A qué esperáis para atacarme, bestias inmundas?

—Cálmate, Isión, por favor, cálmate —le suplicó Tabis.

De nada sirvió la recomendación del compañero, pues al

primero de los derribados que intentó levantarse, el astrofísico volvió a golpearlo rudamente.

En el amplio comedor todos estaban absortos en la pelea y no se atrevían a intervenir en la misma, pese a su mayor número, por el temor que les inspiraba el gigantesco Isión con los puños cerrados y la mirada colérica.

—¡Cuidado, Isión!

El aviso llegó demasiado tarde. Uno de los guardianes de la planta se aproximó por detrás y golpeó con una porra el cráneo del humano. Al sufrir el castigo, Isión se revolvió rápidamente y sus puños entraron otra vez en acción: abatió primero con la derecha el estómago del guardián, y cuando se dobló, el puño zurdo se estrelló con tal fuerza en el lugar donde anatómicamente debía de tener la nariz que lo levantó del suelo lanzándolo sobre una de las mesas.

Transcurrió todo tan rápidamente que, cuando Tabis se levantó para auxiliar a contener a Isión, según reaccionaran aquellos seres, llegó demasiado tarde. Percibió claramente un *¡plof!* en el pecho de su compañero y vio estupefacto como se desplomaba al suelo como fulminado por el rayo.

Al estar junto a Isión, de una rápida mirada comprendió de que estaba muerto. En el centro del tórax tenía un gran y profundo orificio del que manaba abundante sangre. Tabis se arrodilló y observó que los pulmones y el corazón de Isión estaban materialmente destrozados, motivo por el cual la muerte debió de ser instantánea. Miró hacia los guardias del pasillo superior y vio al que acababa de asesinar a su compañero, todavía con el arma mortífera en la mano, pronto a disparar de nuevo.

Cario actuó violentamente. Cegado por la ira, se levantó y, sin dejar de mirar al asesino, se aproximó corriendo y puesto de pie con las piernas entreabiertas, cual Némesis masculino, alzó los puños hacia él gritándole:

—¡Cerdo asqueroso, alimaña, juro que he de matarte a pisotones!

De pronto movido por un súbito impulso, Tabis se puso de cuclillas y como impulsado por una fuerte catapulta se lanzó sobre las piernas de Cario derribándole. Un solo segundo de indecisión hubiera sido fatal, pues tan pronto cayeron, una fuerte detonación sonó a un metro de distancia. El proyectil destinado al iracundo había estallado en el suelo produciendo un pequeño hoyo de cerca un palmo de diámetro.

—Quieto, Cario, ya tenemos suficiente con la muerte de Isión, ¿comprendes? No quiero que mueras tú también —dijo Tabis a la

par que lo sujetaba fuertemente—; hemos de vengar a Isión y muertos no podremos hacerlo. Piensa que ahora nos necesitaremos el uno del otro más que nunca.

Seguidamente, y sin mirar a los guardias, Tabis se levantó e hizo lo propio con Cario a quien condujo, casi a rastras, hasta el sitio que tenía destinado en la mesa.

Al retirar el cadáver de Isión, los hombres-pez sentados frente a Tabis observaron un fenómeno extraño para ellos. De los ojos de aquel humano se desprendían unas secreciones en forma de gotas de agua que se perdían en el enmarañado vello del rostro. Debieron de comprender que tales segregaciones eran una manifestación del profundo dolor que experimentaba, porque uno de ellos dijo:

—Aunque seamos de mundos distintos y diferentes razas estamos unidos por el mismo cautiverio; por ello deseo que creas que siento lo ocurrido a vuestro hermano y más porque han sido gentes de mi pueblo quienes han provocado su muerte. Si te sirve de consuelo te diré que odio al guardia tanto como tú, pues si bien nosotros cumplimos condena por delincuentes, ellos son peores que muchos de nosotros, son unos asesinos.

—Gracias —respondió Tabis, conteniendo a duras penas un sollozo.

***

Al día siguiente de la muerte de Isión, los tres humanos fueron trasladados de la factoría a las cercanas minas, de donde se extraían grandes cantidades de limonita que les proporcionaban, una vez convenientemente tratadas, ingentes lingotes de materia prima para la ulterior manufacturación.

Arrancando el preciado óxido transcurrieron días y más días, tantos, que los cautivos llegaron a perder, incluso, la noción del tiempo.

Aunque las celdas dormitorios tenían ocho literas, a los humanos se les había destinado exclusivamente a una sola de las habitaciones, a fin de que estuvieran separados y evitar así posibles peleas entre ellos y los hombres-pez. Los gobernantes se habían percatado de la superioridad física para el trabajo y decidieron conservarlos vivos a toda costa, lo cual les proporcionaba, además, unos valiosos rehenes.

Tendidos sobre las confortables colchonetas ninguno de los tres cautivos dormía; cada uno estaba meditabundo y con un pensamiento fijo.

—Tabis, yo no puedo resistir más esta situación, hemos de hacer

algo para librarnos de tal esclavitud.

—Sí, Cario, muchas veces en la soledad de la noche he estado meditándolo, pero estamos encerrados cual ratones en una trampa. En el momento que salgamos fuera de los recintos acondicionados, desprovistos como estamos de nuestros trajes espaciales, moriremos asfixiados o de frío, pues una cosa es estar sometidos a un científico estado de hibernación y la otra enfrentarnos sin medios adecuados a las frías temperaturas de este planeta.

—A veces pienso que sería preferible la muerte, exterminando a cuantos pudiéramos de nuestros verdugos, a seguir viviendo en el estado en que lo hacemos.

—Paciencia, Cario, y no precipites tus actos; puede que la suerte nos sonría algún día.

—Pero, ¿cuándo, Tabis, cuándo?

—No pierdas la esperanza, tal vez venga alguna nave en nuestra busca, las computadoras del centro de control de experimentación espacial de la Isla habrán registrado la ruta de nuestro viaje por el espacio y sabrán exactamente en qué lugar nos encontramos.

—Lo dudo, Tabis, recuerda que ni siquiera pudimos establecer contacto en las distintas ocasiones que lo intentamos.

—Tú, mejor que nosotros, sabes que las graficadoras actúan independientemente de los equipos de fonación y videos. Entretanto, esperemos, y si tenemos la fortuna de que llegue la mínima oportunidad para intentar nuestra liberación, lo haremos aunque perdamos la vida en el intento. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—Tú mandas, Tabis —fue la unánime respuesta.

El trabajo en las entrañas de la mina hacía horas que ya había dado comienzo, cuando los tres jóvenes, pese al estrépito ensordecedor de los taladros de las perforadoras que empuñaban hendiendo la dura roca, escucharon claramente un grito de dolor infrahumano en una galería cercana.

—Continuad perforando, voy a ver qué ocurre —dijo Tabis, dejando en el suelo la pesada herramienta.

Avanzó sigilosamente por el túnel y al doblarlo quedó parado frente al ignominioso espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Uno de los vigilantes, con una flexible varilla de metal, golpeaba despiadadamente el torso y las piernas de un minero. La visión, en sí, lo enfureció, mas al reconocer al que infringía el castigo, con los ojos inyectados de sangre y ya sin ninguna precaución se arrojó sobre él y lo golpeó con toda la fuerza de que fue capaz. Lanzó con suma potencia el puño derecho y el guardián, al recibir el demoledor impacto trastabilló y chocó contra la pared de la galería,

deslizándose lentamente al suelo. Inmediatamente se formó un charco de sangre rosada en el lugar donde tenía reposada la cabeza. Tabis puso la mano sobre el pecho del caído y no percibió ningún latido. Al comprobar que el humanoide estaba muerto, sintió una inusitada alegría: acababa de matar al asesino de Isión.

—Ser extraño, agradezco tu intervención.

La voz del hombre-pez volvió a Tabis a la realidad. Con la indiferencia propia de los desesperados, contestó:

—Aunque no hubiera estado golpeándote, al reconocerlo, hubiera obrado de igual forma, mató a uno de mis compañeros.

—Hablas nuestro idioma a la perfección, seguramente debes de ser uno de los humanos que nuestro pueblo capturó hace un año, ¿verdad?

—Hemos perdido la noción del tiempo; sólo puedo decirte que ha pasado una eternidad desde nuestra captura.

—Comprendo tus sentimientos y por ello tengo interés en entrevistarme con vosotros en mutuo benefició. Por ahora, comportaos normalmente, pues yo ya buscaré la ocasión propicia para hacerlo. De momento es preciso arreglar esto —dijo con precipitación señalando con un ademán de sus largos brazos al cadáver—; vete a tu puesto de trabajo y déjame hacer a mí.

Tabis no se hizo repetir la indicación y se retiró hasta la bifurcación de las galerías donde se pegó a una de las paredes con el propósito de escuchar cuanto ocurría.

—¡Eh, guardias! —oyó gritar al que parecía haberse convertido en su recién aliado.

Seguidamente, su fino oído percibió los pasos de varios hombres-pez corriendo hasta el lugar donde estaba el guardia muerto.

—Soy, mejor dicho, era el general Juko de la casta primera. Vuestro compañero ha resbalado y al caer ha golpeado con la cabeza la pared… Temo que el accidente haya sido mortal.

A raíz de la conversación sostenida, Tabis tuvo la certeza de que las palabras del que se había llamado a sí mismo general Juko no habían sido dudadas. Tranquilizado del momentáneo temor experimentado por las graves consecuencias que pudieran derivarse de una investigación realizada acerca de la muerte que acababa de producirse, se retiró junto a sus compañeros y continuó con el trabajo asignado, confiando que la incipiente alianza con el hombre-pez, en un futuro próximo, podría cambiar el cauce de su porvenir.

La ocasión de hablar con Juko llegó mucho antes de lo que Tabis

había supuesto. El mismo día y después del asueto concedido a los trabajadores de las minas, el humanoide se acercó a ellos como de manera casual y empezó el diálogo:

—¿Estoy en lo cierto al imaginar que deseáis recobrar la libertad y regresar a vuestro mundo?

Tabis captó el pensamiento de Juko y supo que la pregunta era sincera. Por ello respondió sin titubear:

—Sí, ciertamente, deseamos recobrar la libertad.

—Yo también, y puede que por los mismos motivos. Yo ya conocía vuestra existencia; fui ampliamente informado cuando todavía no había sido desposeído de mi autoridad en el asteroide sede del gobierno de mi pueblo donde era uno de los jefes máximos, tenía el rango de general de los ejércitos de navegación aérea…

—Dime una cosa —interrumpió Tabis, deseoso de despejar una incógnita largo tiempo sostenida—, ¿dónde nos hallamos?

—Aunque la indicación que me fue comunicada a vuestra captura relativa al planeta de vuestra procedencia no la creí, si es verdad, estáis a la distancia de un astro, a unos ochenta millones de kilómetros aproximadamente, y según cuál sea el momento de la oposición.

—¿Por qué dices «si es cierta nuestra respuesta»?

—Porque de los conocimientos que de vosotros tenemos todavía estáis muy atrasados, en relación a nosotros, en los vuelos espaciales. Únicamente voláis con máquinas rudimentarias y sólo habéis conseguido colonizar vuestro satélite usando naves transportadas en su fase inicial por poderosos cohetes.

—Nuestra cosmonave era tan perfecta o más que las vuestras —respondió molesto Tabis.

—Sí, la examinamos pieza por pieza, y aunque impulsada por forma diferente de fuerza motriz, al emplear sistemas fotónicos podíais lograr velocidades superiores a las nuestras. En tal circunstancia radica precisamente nuestra duda.

—Tabis, ¿ese hombre-pez no intentará sonsacarte? —intervino Cario—. Recuerda que hasta ahora estos tipos han rehuido nuestras preguntas e incluso toda conversación.

—No, él no sabe que conozco perfectamente todos sus pensamientos y habla con toda sinceridad —y volviéndose de cara al humanoide, continuó—: En verdad, tus respuestas también me desconciertan al decir que mi mundo está tan atrasado, ¿no habrá confusión respecto a nuestras posiciones en el Universo?

Juko se puso de rodillas y con un pedazo de mineral dibujó una estrella y nueve planetas con sus correspondientes órbitas girando a

su alrededor. Entre el cuarto y el quinto dibujó una multitud de puntitos, la gran zona de los asteroides, y en cuanto al sexto pareció adornarlo con unos anillos circulares.

A los tres humanos no les cupo duda de que el sistema solar acabado de delinear por Juko correspondía al del planeta donde radicaba la Isla desde la cual fueron lanzados al espacio. En el universo no podía darse la coincidencia de haber dos sistemas con exacta configuración.

—Éste es nuestro mundo —indicó Tabis, señalando al tercero.

—En este caso estáis técnicamente más avanzados de lo que creemos.

—Y según tú, ahora estamos aquí, ¿verdad?

—Exactamente.

—Y explotáis los minerales de este planeta deshabitado, ¿no es cierto?

Sí.

—Dime —continuó interrogando Tabis—, ¿cuál es tu misión en la mina?

—La de todos, cumplir con la condena impuesta por nuestros jueces. Todos los trabajadores son reos de algún delito que va desde el simple hurto al asesinato; pero a mí me desposeyeron de mi jerarquía y condenaron a trabajos forzados por estar disconforme con el propósito del Gobernante Mayor: el de conquistar vuestro mundo.

El estridente silbido interrumpió la conversación. Había sonado la hora de reemprender el trabajo.

Aquella noche, al ser encerrados en el dormitorio que ocupaban, estuvieron conversando largo rato, y por primera vez desde su cautiverio, se acostaron alentados por una esperanza, la de la tan ansiada libertad.

A medida que transcurrían los días, y en cuantas ocasiones le eran propicias, el hombre-pez, procurando hacerlo siempre con el mayor disimulo, instruía a sus aliados en las costumbres y técnicas de su pueblo, los que, por sus elevados conocimientos y superdotadas inteligencias, aprendían rápidamente.

CAPÍTULO IV

—Si estuviéramos preparados, mañana podría ser el día —les dijo Juko, sin preámbulos, al reunirse—; un carguero traerá una nueva expedición de condenados e irá escoltada por una nave militar. Para lograr nuestra huida habríamos de apoderamos de la astronave de escolta, pero por más que medito no logro hallar la solución al problema de cómo podríamos conseguirlo; existen demasiadas dificultades.

—¿Qué precisamos para intentarlo?

—Ante todo apoderarnos de algunas armas y proveernos de trajes espaciales para salir al exterior; pero observad que los guardias de la mina están desprovistos de ambas cosas. Es una medida sumamente eficaz para evitar tal eventualidad.

—¿Quieres decir que únicamente nos custodian armados con las varillas de metal que usan para azotar a quienes no rinden lo suficiente? ¿no hay guardias equipados con pistolas? —preguntó Cario dubitativo.

—No es exacta tu suposición. En realidad, existe una sala de guardia donde tienen armas suficientes para aniquilarnos a todos al menor intento de insurrección. Además, allí encontraríamos los trajes que imprescindiblemente nos hacen falta.

—En este caso la asaltaremos —intervino Sparos.

—¿Sin medios?

—Con éstos —contestó Sparos mostrando sus enormes puños.

—¿Estáis, pues, decididos a arriesgaros en la aventura?

—Mañana lo verás —terció Tabis.

Y hasta que no sonó la señal, Juko instruyó a los tres humanos acerca de los detalles esencialmente necesarios para el logro del tan ansiado retorno a su mundo.

A la noche del día siguiente, los tres jóvenes caminaban el uno tras el otro por el largo corredor con la misma sumisión de siempre, seguidos del carcelero encargado de encerrarlos en el dormitorio, situado en la última sala.

Primero entró Tabis, le siguió Cario, pero al ir a hacer lo propio Sparos, se revolvió de improvisto y tapando la boca del humanoide lo agarró fuertemente con el otro brazo arrastrándolo en el interior del dormitorio. Cario cerró inmediatamente la puerta y Tabis propinó vertiginosamente un tremebundo puñetazo en el estómago del guardián.

—¡Suéltalo, Sparos! —ordenó a la par que sus puños martilleaban constantemente el rostro y cuerpo del recién capturado, quien a los pocos segundos yacía en el suelo desprovisto de conocimiento y sin haber podido lanzar el mínimo grito de alarma.

—Perfecto, muchachos; creo que la suerte está de nuestra parte.

—¿Vamos por Juko, Tabis?

—Andando —fue la respuesta.

Salieron sigilosamente del dormitorio, y tras apoderarse de la llave común a todas las celdas, avanzaron por el corredor hasta llegar al encierro de su amigo. Abrieron la puerta y se encontraron con siete humanoides con mirada estupefacta y uno con claras muestras de alegría que dijo, alborozado:

—Sabía que lo conseguiríais —y volviéndose de cara a sus congéneres les recomendó—: recordad cuanto os he dicho; guardad silencio; si logro ocupar de nuevo mi posición os tendré a todos presentes y recabaré vuestro indulto.

Seguidamente salió, y tras cerrar la puerta de la celda, andó en pos de sus libertadores.

Caminaron apresuradamente por los pasillos tenuemente iluminados hasta llegar al puesto de guardia, segundo objetivo del plan, sin haber encontrado ningún obstáculo en su camino. Los vigilantes, confiados por suponer a todos los reos encerrados, no se habían preocupado de montar un retén.

Precavidamente y con silencio absoluto, quedaron quietos escuchando las conversaciones del interior. Al no oír ninguna voz de alarma no guardaron más, empujaron la entreabierta puerta y penetraron como un alud en el interior. El momento de desconcierto de los guardias de la mina, al haber sido cogidos por sorpresa por los humanos fugados, fue aprovechado por éstos que, sin vacilación, se arrojaron sobre ellos, golpeándolos rudamente con fuerza titánica. Cuando los hombres-pez se recobraron e intentaron hacer frente al insospechado asalto, quedaron paralizados por la voz de Juko, quien empuñando una de las mortíferas pistolas arrebatada a uno de sus compatriotas tendido en el suelo les dijo:

—¡Quietos! Al primero que se mueva le vuelo la cabeza.

—¡Traidor! —se atrevió a acusar uno de los guardias.

Inmediatamente recibió en mitad de la frente un durísimo directo de Sparos que lo envió contra la pared.

—Únicamente quedan cinco en pie. ¿Me dejas cascarles, Tabis? —preguntó Cario, ansioso por desquitarse de los muchos sufrimientos padecidos y recordando el trágico fin de Isión.

—No podemos perder tiempo, Cario; los segundos nos son preciosos.

De nuevo sonó la voz de Juko, dueño absoluto de la situación.

—En el armario verde situado detrás de mí encontraréis los trajes espaciales, vestiros aprisa, mientras los mantengo a raya.

Pocos minutos después, los cuatro fugitivos estaban equipados para salir al exterior e intentar la parte más difícil del propósito de huida, apoderarse del ingenio volador.

—¿Qué hacemos con ellos, Juko?

—Esperad unos segundos y los dejaré indefensos.

Se aproximó a los estantes y con precisos movimientos de sus tres dedos inutilizó los termostatos reguladores del calor interior de los trajes espaciales.

—Seguidme —ordenó Juko—; y al menor peligro no vaciléis en disparar, pues si fracasamos seremos condenados a la pena de muerte.

Salieron con paso rápido de los edificios y, guiados por Juko, se dirigieron hacia la puerta más cercana de la alambrada electrificada que circundaba todo el complejo.

El vigilante se paseaba indolente de un lado a otro y al ver llegar a los cuatro, para él, compañeros, no hizo ningún ademán de sorprenderse; mas, al estar próximos, debió de recibir información porque hizo ademán de empuñar su arma. La fracción de segundos en la tardanza de su brazo en obedecer la orden de su cerebro le fue fatal. Tabis le captó las ondas cerebrales y se le anticipó: apretó el disparador de la pistola y el proyectil estalló en el videoscafo del vigilante, destrozándole el rostro.

Sin pronunciar palabra, a fin de no ser escuchados también a través de los transmisores, corrieron hacia la puerta. Juko desconectó de un manotazo la palanca de conexión al fluido y Sparos abrió el portalón, el cual pasaron ya corriendo.

Juko, a quien por su ex alto grado jerárquico se le facilitaban algunas informaciones a preguntas formuladas de manera que parecieran desprovistas de interés, debía conocer el emplazamiento exacto de la astronave, porque sin titubear corrió hacia una determinada dirección, seguido de cerca por los tres humanos.

Efectivamente, dos minutos después de iniciada la carrera, divisaron posada en el suelo la nave objeto de captura.

Con seguridad, fue el gesto instintivo de Tabis quien los salvó. Sin dejar de correr tras de sus compañeros miró hacia la espalda y vio el vehículo que a gran velocidad se dirigía hacia ellos para interceptar su casi lograda huida.

—Nos persiguen; corred en zigzag, yo procuraré contenerlos.

El primer disparo de Tabis fue secundado por otro de Cario, pero ambos resultaron inofensivos. Al no cesar de correr y disparar volviendo el rostro al hacerlo, no les permitía afinar suficientemente la puntería.

De pronto, Sparos se derrumbó a unos metros de distancia. Acababa de ser alcanzado por uno de los disparos de sus perseguidores. Tabis se arrojó al suelo de un prodigioso salto y sin dejar de oprimir el disparador de su arma, miró al caído compañero. Uno de los proyectiles le estalló en la cadera porque la tenía deshecha, así como la parte inferior del abdomen.

—¡Huye, Tabis, sálvate tú!

—Nos salvaremos juntos o moriremos; no voy a abandonarte.

Al estallar una de las balas explosivas en la carrocería, el vehículo se paró súbitamente descendiendo a ras del suelo. Los ocupantes bajaron prestos para resguardarse detrás de la protección que les brindaba la masa metálica y continuar disparando, pues las explosiones abrían pequeños hoyos alrededor de los perseguidos.

—Tabis —dijo queda la voz de Sparos—, huye, yo no tengo vida para mucho tiempo, me estoy congelando.

—¡Te salvaré, Sparos, te salvaré!

Tabis, tendido junto al compañero herido, continuaba disparando desesperadamente su arma, sin saber siquiera la suerte corrida por Cario y Juko, cuando vio que el vehículo de sus perseguidores, después de una gran llamarada, volaba por los aires a pedazos.

Tabis, Sparos, lo hemos conseguido, estamos dentro de la astronave y acabamos de destruir a nuestros perseguidores; no perdáis tiempo, venid.

Tabis se levantó y, después de cargar en sus poderosos brazos el cuerpo de Sparos, avanzó hacia la nave, meta de su liberación. Mas, al llegar, miró el rostro de su amigo y comprendió, estremeciéndose, que sostenía un cuerpo sin vida.

Sin importarle el peligro de poder ser alcanzado por una bala mortal, depositó suavemente el cuerpo de Sparos en el suelo y quedó de pie mirándolo largamente por última vez.

—He ansiado la libertad, pero no a este precio. ¡Malditas bestias en forma y mente humana, juro que he de volver para exterminaros a todos!

Las vibraciones de la cosmonave le sacaron de su abstracción y, sabiendo que nada podía hacer ya en favor del segundo compañero muerto a manos de los hombres-pez, penetró en el interior. Al instante, se cerró la compuerta y la máquina voladora se levantó suavemente para emprender el tan ambicioso viaje de retorno.

Tan pronto como estuvo dentro de la nave, se dejó caer en uno de los ocho asientos e inclinó la cabeza sobre el pecho. Por su aspecto denodado, Cario no necesitó formular pregunta alguna para conocer cuál había sido el fin de Sparos. En el último instante, no pudo realizar el sueño tantas veces acariciado de recobrar la libertad y regresar a su querida Isla.

***

La astronave fugitiva, magistralmente pilotada por Juko, cada vez adquiría mayor velocidad y avanzaba por la inmensidad del espacio a la máxima potencia de sus motores propulsores.

No habrían transcurrido más de cinco minutos desde el despegue, cuando el silencio fue interrumpido por los transmisores de a bordo.

—¡Atención, general Juko! ¡Atención, general Juko! Regresa de inmediato, se te ordena regresar de inmediato. Si obedeces se te perdonará la vida y la de los humanos que te acompañan; caso contrario se te perseguirá hasta destruirte.

—Si intentas el aterrizaje seré yo quien te mate, Juko —dijo Cario, a la par que lo apuntaba con la mortífera pistola.

Juko desconectó la comunicación y sin volver la cabeza contestó, impasible:

—¿Me crees tan imbécil como para regresar al punto de partida cuando me he jugado la vida para huir? No, joven humano, guarda tu pistola y estate tranquilo. Tengo formados mis planes y no voy a dejarme intimidar tan fácilmente, no nos rendiremos; si nos atacan otras naves lucharemos hasta el fin y ya veremos quién queda vencedor.

Conectó de nuevo el sistema emisor-receptor y escucharon las últimas instrucciones cursadas a las naves que ya emprendían la persecución.

—…destruidla. Ya has oído cuáles son mis órdenes, general Juko, por última vez te conmino a que te rindas, si lo haces de inmediato, repito, se te perdonará la vida a ti y a los humanos.

—¿Eres el coronel Mosa? —preguntó el hombre-pez imperturbable, sin dejar de estar atento a los mandos de la astronave.

—Sí, general, y cumpliré con mi palabra.

—Dime, coronel Mosa, ¿por qué me llamas general?

—Era tu rango.

—¿Y precisamente lo recuerdas ahora? ¿Por qué no lo tuviste presente cuando estaba en la mina, donde no fui objeto de ninguna consideración por parte de los tipos integrados en la casta sexta?

—No podía hacerlo, general, eran las instrucciones recibidas del asteroide Uno.

—Pues bien, puesto que me llamas general, soy tu superior y aquí están mis órdenes: puedes irte al diablo y no molestarme más.

—Te arrepentirás, Juko.

—¡General Juko! —rectificó fríamente éste.

Se interrumpió el diálogo y el humanoide, después de consultar varios datos en los instrumentos, cambió seguidamente de rumbo.

Los minutos transcurrían lentamente, y en los dos jóvenes humanos la zozobra iba en aumento ante la incertidumbre de si serían atrapados por las naves militares que ya los estaban buscando con el propósito de aniquilarlos.

De pronto, Juko, con la pistola en la mano, gritó aterrorizado:

—Estamos perdidos; los motores están averiados y perdemos velocidad.

—Haz algo… —empezó Cario, mas al ver el arma en la mano del humanoide guardó silencio—. Asustado, ¿pretendía traicionarnos? ¿Acaso, suicidarse?

—No puedo hacer nada; los propulsores debieron de ser alcanzados por las balas y de un momento a otro se pararán…, si no estallan antes.

—No te acobardes tan pronto, intenta…

Cario fue interrumpido por la detonación. Juko acababa de disparar su pistola contra el asiento contiguo al transmisor y seguidamente cerró el circuito de comunicación.

—Confío en haberlos engañado igual que a vosotros. Si tenemos la suerte de que se traguen el anzuelo dejarán de perseguirnos. Ahora, no pronunciéis palabra y absteneos de hacer cualquier movimiento que produzca el más insignificante ruido; voy a escuchar de nuevo.

En realidad, la estratagema de Juko no había engañado a Tabis, quien desde el primer momento supo que el general mentía por haber captado con claridad sus ondas cerebrales. Ojalá, pensó, Mosa

caiga en el mismo error que Cario.

—…Juko, contesta —sonaba claramente la voz de Mosa—, si estás con vida dame tu posición y rescataremos tu nave; responde, general Juko.

La contestación fue el mutismo más absoluto. Pocos instantes después, volvía a transmitir el coronel Mosa.

—Atención, general Juko, si me escuchas dame tu posición y rescataremos tu astronave averiada; la promesa de respetaros las vidas continúa en vigor.

Tras diez minutos de angustioso silencio escucharon al coronel Mosa en su retrasmisión.

—Atención, astronaves seis y once; ¿habéis detectado al general Juko?

—Astronave seis, informa: nada, coronel.

—Astronave once, informa: nada, coronel.

—¿Habéis escuchado las últimas palabras del general?

—Sí, coronel —fue la respuesta.

—No precisa, pues, que continúes con la búsqueda; podéis regresar a la base. La astronave siete raptada por el general Juko ha estallado en el espacio.

Habían transcurrido cincuenta y siete días de navegación, desde que abandonaron el planeta C.l, cuando Juko llamó:

—Tabis, Cario, vuestro mundo ya está visible.

Presa de indescriptible alegría, los dos humanos se acercaron a la pantalla telescópica de la cosmonave y allí a lo lejos, cual naranja suspendida en el universo, divisaron su añorado astro.

A medida que la nave se acercaba, el planeta era cada vez más perceptible con mayor perfección, así como el satélite natural. Divisaban perfectamente la atmósfera y poco a poco fueron dibujándose los continentes y mares.

Súbitamente, Cario, que no se había apartado de la pantalla de observación, con claras muestras de irritación gritó a Juko:

—¡Te has equivocado! ¡No es nuestro planeta!

—Sí, lo es, puedes estar seguro, conozco bien sus pormenores; además, no me he desviado del rumbo marcado por las computadoras.

—¡Y yo te repito que no lo es! Donde debería estar nuestra Isla hay un gran océano.

—En este caso os equivocasteis vosotros cuando os mostré el dibujo del sistema solar en que nos encontramos.

—Mientes, Juko; no sé qué estás tramando; pero te advierto, no vas a salirte con la tuya porque voy a volarte la cabeza de un tiro.

He aprendido suficiente para pilotar la cosmonave y yo mismo fijaré el rumbo para…

—Sosiégate, Cario, Juko dice la verdad. Está tan extrañado de tus palabras como nosotros de contemplar ese planeta que sólo tiene un remoto parecido por su atmósfera y satélite con el nuestro… Pienso si no estarías en lo cierto cuando recobramos nuestra vida natural y viste en las graficadoras del tiempo que estuvimos en estado de hibernación durante miles de años.

—Es imposible, Tabis; de ser cierta tu hipótesis no habría quedado de nosotros ni la más leve partícula de polvo.

—¿Cómo sabes los siglos que podíamos conservarnos congelados mientras funcionaran perfectamente los sistemas de hibernación de la nave? Además, recuerda, jamás pudimos establecer contacto con nuestro centro de control de experimentación.

—¿Qué habrá ocurrido, Tabis?

—No lo sé; lo cierto es que de los datos facilitados por Juko, nuestra civilización en vez de progresar, incomprensiblemente, ha retrocedido.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Cario, angustiado.

—Aterrizar en nuestro mundo y averiguar qué ha podido ocurrir en nuestra Isla.

Entretanto, la astronave se había aproximado lo suficiente y a través de la pantalla de aproximación vieron la ingente mole de una gran ciudad con edificaciones tan altas como jamás se habían construido en su pueblo.

No se percataron de la inmovilidad de la nave hasta que Juko habló de nuevo.

—Os aseguro que ése es el planeta U.P.H. indicado por vosotros. ¿Qué habéis decidido? Si no es vuestro mundo puedo llevaros al asteroide donde voy a refugiarme y seréis bien recibidos; nadie os molestará y podremos estudiar detenidamente dónde se halla situado el mundo de vuestra procedencia.

—No, Juko, nosotros hemos llegado al final de nuestro viaje. Pósate en donde podamos bajar.

—Es preciso que nos mantengamos en comunicación para el bien de nuestros pueblos. ¿Sabrás construir la emisora, Cario? —preguntó Juko, olvidadas las anteriores amenazas del ingeniero humano.

—Sí, general.

—No me llaméis general; para vosotros siempre seré Juko.

—Pues bien, Juko, construiré la emisora de acuerdo con vuestras técnicas y nos comunicaremos contigo tan pronto como podamos.

El hombre-pez eligió un apartado lugar lejos de la ciudad divisada, puso en marcha la astronave e inició el aterrizaje.

Capítulo V

El coche patrulla iba a una velocidad superior a los ciento veinte kilómetros por hora cuando penetró en la ciudad de Paducah. Aminoró la vertiginosa carrera al atravesar las amplias avenidas y frenó bruscamente, con estridente chirrido, frente al puesto de policía.

Inmediatamente, descendieron dos agentes uniformados empuñando sendas pistolas de grueso calibre, e intimidaron a los dos ocupantes a que hicieran lo propio. Del asiento posterior bajaron dos jóvenes semidesnudos, pues únicamente vestían, pese a la fría temperatura de aquellos últimos días del mes de octubre unos maltrechos pantalones que les llegaban hasta las rodillas, con abundantes cabelleras y barbas sumamente descuidadas.

—Pasad adelante —indicó uno de los policías con un ademán para hacerlos penetrar en el edificio.

Los dos barbudos personajes fueron introducidos en un despacho ocupado por un hombre sentado tras una mesa escritorio. Levantó la mirada de los documentos que estaba leyendo y la fijó en aquellos detenidos de descomunal estatura y torsos extremadamente musculosos.

—¿Quiénes son esos tipos, Peterson?

—Capitán —respondió el policía interpelado, dando muestras de extremada agitación y repitiendo reiteradamente términos iguales —, hemos visto un platillo volante… Como aterrizaba y emprendía el vuelo otra vez, hemos ido hasta allí para investigar y hemos encontrado a estos dos hombres.

—Tranquilo, Peterson, tranquilo; ¿qué dice usted, Kelly?

—Estábamos de servicio en la carretera 123, cuando, como dice Peterson, hemos visto como un platillo volante se posaba en los terrenos de Mutt y emprendía otra vez el vuelo a increíble velocidad. He de confesar, señor, que con mucho miedo en el cuerpo, nos acercamos para investigar y allí había este par de…

—¿Extraterrestres? —interrumpió con manifiesto retintín de

burla el capitán.

—No sé, nos ha parecido que lo más prudente era traerlos hasta aquí.

—¿No habrán sido figuraciones suyas eso del platillo volante?

—No, capitán; pudimos observarlo tan claramente como ahora estamos viéndole a usted.

—¿No creen que esos dos extraterrestres para iniciar un viaje de turismo a la Tierra se habrían puesto más presentables?

—No sé qué decirle; cuando los encontramos cerca del lugar donde vimos aterrizar al platillo volante todavía estaban más desconcertados que nosotros.

—Bueno, muchachos, ni una palabra de platillos volantes a nadie; no quiero que la policía de mi demarcación sea el hazmerreír del Estado.

—¡Pero, capitán, si lo hemos visto! —contestó Peterson con la misma agitación.

—Bien, bien, por el momento ningún comentario de tal índole, ¿comprendido?

—Sí, señor.

—¿Pueden decirme qué mascarada están tramando? —preguntó a los dos expectantes detenidos.

Al no obtener contestación, dejó de sonreír socarronamente y mirándolos con dureza, añadió:

—Os doy tres minutos para que me contestéis…, a no ser que prefiráis aposentaros en un calabozo.

Pasado el plazo señalado, el policía insistió nuevamente pero con mayor dulzura esta vez.

—Ya está bien, muchachos; dejaos de juegos y decidme de una vez quiénes sois y por qué vais andando con semejante guisa.

Como Tabis y Cario continuaron guardando silencio, el capitán, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa dijo, iracundo:

—¡Peterson, enciérrelos!

El policía, aún con la pistola empuñada, los empujó con el cañón haciéndoles abandonar el despacho del jefe para conducirlos a uno de los calabozos del puesto.

Al cerrarse la puerta de gruesos barrotes de hierro a sus espaldas, Tabis comentó por su compañero:

—Por ahora, parece que vamos teniendo el mismo recibimiento hecho por los hombres-pez.

—¿Has captado cuáles son sus intenciones?

—No, únicamente he podido comprender que los dos guardias que nos apresaron vieron la astronave de Juko y nos han tomado

por seres extraterrestres.

Antes de poder continuar la conversación, observaron cómo Peterson, después de mirarlos de manera extraña, abandonaba el lugar andando tan apresuradamente que parecía correr.

—Capitán —dijo una vez estuvo en presencia de su superior—, aquellos tipos han hablado entre ellos y no lo hacían en inglés.

—Peterson, por favor, deje de excitarse o conseguirá ponerme nervioso. Aquel par de diablos, puede estar seguro, no tienen nada de seres de otro mundo; además, sepa que en la realidad no existen, únicamente son fruto de los realizadores de programas de televisión.

—¡Pero, capitán, yo vi el platillo volante y Kelly también!

—Deje ya esta ridícula historia. Ustedes han visto los reflejos del sol en algún helicóptero y se han confundido y sugestionado el uno al otro, ¿comprende? Y ya no quiero oír una palabra más sobre este asunto.

Cuatro días después, el capitán también estaba preocupado a causa de Tabis y Cario. Pese a los múltiples interrogatorios a que los sometió, no había conseguido averiguar nada acerca de sus personas.

En aquellos momentos, sentado frente a un hombre de unos sesenta años de edad, le estaba diciendo:

—Todas las pesquisas realizadas han dado resultado negativo; no están fichados, nadie los ha visto jamás por estos alrededores, hablan extranjero y parece que no entienden el inglés. Creo que son un par de locos y por eso he mandado llamarle a fin de que los examine.

Unos ligeros golpes en la puerta vidriada indicaron que los detenidos iban a ser introducidos en su presencia.

—¡Pasen!

Seguidamente, Tabis y Cario, escoltados por un par de policías con las armas en la mano, penetraron en el despacho del capitán.

—Aquí los tiene usted, doctor.

El médico, sin levantarse de la silla, miró a los atléticos jóvenes que tenía en su presencia, e hizo ademán para que tomaran asiento. Después, se levantó pausadamente y acercándose a ellos preguntó:

—¿Hablan francés?

Al no obtener contestación, preguntó de nuevo:

—¿Hablan alemán?

Silencio por parte de Tabis y Cario.

—El español tampoco lo entienden, doctor —intervino el capitán —; hay un policía puertorriqueño y también los ha interrogado con

el mismo negativo resultado.

—Por el aspecto físico son un par de buenos mozos de constitución robusta —dictaminó el médico—; por el color tan blanco de la piel parecen haber estado mucho tiempo a la sombra, ¿no serán un par de fugados?

—Estarían fichados y no lo están.

El médico sacó del maletín una pequeña pila, se acercó a Tabis, la encendió e iluminando primero un ojo y después el otro, lo examinó detenidamente. A continuación, realizó la misma operación con Cario.

—Así, con una simple exploración de fondo de ojo no parecen sufrir lesión en el cerebro, para saber con exactitud cuál es su estado de razón tendría que examinarlos un especialista en la materia.

Unas horas más tarde, el capitán Roberts establecía comunicación con el Departamento Federal de Washington.

—Aquí el superintendente Douglas; diga Roberts —dijo la voz a través del televideo.

—Se trata de un caso que tal vez sea una soberana tontería, pero he creído conveniente ponerlo en conocimiento de ustedes antes de tomar una resolución…

—Vaya al asunto, por favor —interrumpió la voz sin inflexiones del superintendente.

—Dos de mis hombres aseguran haber visto un platillo volante y detuvieron a un par de individuos estrafalarios cerca del lugar donde aseguran que la… nave espacial se posó.

—Diga, capitán, ¿son dignos de crédito tales policías?

—Si me hubieran informado de otro asunto menos irreal, yo los hubiera creído.

—¿Así, pues, no cree en su versión?

—Señor, yo no creo con estas cosas de platillos volantes y seres de otras galaxias.

—Entonces, ¿por qué ha llamado al F.B.I.?

—A causa de los tipos detenidos. Iban semidesnudos y con unas melenas y barbas capaces de causar envidia a todos los existencialistas juntos. Creo que se trata de un par de locos; pero ¿si fueran espías?

—¿Qué más?

—Pues, que pese a todos los interrogatorios no hemos obtenido ni una contestación. Entre ellos hablan un idioma desconocido, no entienden el inglés, alemán, español ni ruso. He grabado una de sus conversaciones y nadie ha comprendido ni media palabra.

—Mándeme la cinta y ya le daré instrucciones. Por el momento, retenga a esos hombres y procure no dar publicidad al asunto.

—Así lo haré.

Dos días después, un hombre de unos cuarenta años y mirada inteligente, acompañado de una bellísima joven fueron introducidos en el despacho del capitán Roberts.

—Soy el inspector Sullivan del Departamento Federal. Permítame presentarle a la doctora Ferguson, especialista en enfermedades mentales.

—Mucho gusto en conocerlos; el superintendente ya me informó de su llegada. Voy a mandar que traigan a los dos presos.

—No se moleste, capitán, iremos a la celda donde los tiene encerrados.

Guiados por el capitán Roberts y seguidos de dos policías, los enviados especiales del poderoso F.B.I. entraron en el calabozo donde Tabis y Cario estaban tendidos sobre sus respectivas literas.

—Mira, Tabis, nuevas visitas, nuevos interrogatorios…

—Sí, Cario, pero esta vez viene una mujer, ¿te das cuenta? ¡Una mujer! La primera que vemos desde quién sabe cuántos años.

Y Tabis de un flexible salto, descendió de la litera superior y con paso lento se acercó a la joven. Al estar junto a ella, el agente del F.B.I. también se acercó y permaneció a la expectativa. Pese a medir metro ochenta, se sintió intranquilo ante la proximidad de aquel excepcional joven que le sobrepasaba en estatura, tenía el tórax con recia musculatura bien definida y a quien adivinaba poseedor de una fuerza física titánica.

Con la consiguiente extrañeza, vieron cómo el detenido alzó el brazo y con la mano abierta acarició los sedosos cabellos de la mujer, mientras le miraba extasiado los grandes y azules ojos.

—Cario, ven, mira qué beldad.

—¡Bah! no me gusta, tiene el pelo dorado.

—Pero, si es muy hermosa, acércate, hombre.

—Al verte pienso en la suerte que tuviste de que los humanoides del pueblo de Juko no se apercibieran de cuán enamoradizo eres, pues a estas horas seguramente estarías empollando los huevos puestos por alguna mujer-pez. Me pregunto: ¿qué clase de raza habría nacido? ¿Un hombrecito-pez provisto de naricilla?

La carcajada de Tabis fue espontánea y tan prolongada que Cario se unió a ella. Por primera vez desde el cese del proceso de hibernación habían hecho uso del acto que diferencia al hombre de los animales: la risa.

—Estos tipos nos están tomando el pelo —dijo iracundo Roberts.

—No lo creo, capitán, se comportan con demasiada naturalidad para fingir; ni siquiera los actores más consumados lo harían con tanta perfección —contestó la doctora—; más bien me inclino a pensar que sus actos son propios de los retrasados mentales. ¿Cuál es su opinión, Sullivan?

—Por el momento, ninguna. No puedo juzgar todavía —contestó cautelosamente el interpelado.

La joven tomó una de las vigorosas manos de Tabis y con el mismo tono que una madre emplearía para con su hijo le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Tabis —respondió éste sin vacilación.

Cario debió de suponer que su amigo contestaba a alguna pregunta formulada por la mujer, porque inmediatamente advirtió:

—Tabis, por favor, no les muestres tu capacidad para captar sus pensamientos; nos conviene conocer cuáles son sus intenciones sin que se percaten de tu poder de adivinarlas.

—Estupendo, Tabis —continuó la joven—; ¿puedes decirme dónde vivías? ¿Lo recuerdas?

Esta vez no obtuvo contestación. Si bien Tabis había comprendido la pregunta no sabía contestarla.

La doctora, sin dejar de asirlo por la mano, se acercó a Cario que permanecía unos pasos alejado del grupo.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

Fue Tabis quien contestó:

—Cario.

—Muy bien, Tabis, tu amigo se llama Cario, ¿verdad?

Tabis hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No temáis, nadie quiere haceros ningún mal; explicadme cuanto os haya ocurrido y procuraremos ayudaros.

Con manifiesta paciencia, y ante la expectación de todos los policías, la doctora continuó los interrogatorios durante una hora. Los resultados, en realidad, habían sido poco satisfactorios, sólo había conseguido conocer los nombres de aquellos dos hombres.

—Capitán, después de adecentarlos y vestirlos adecuadamente le ruego que haga el favor de entregármelos para internarlos en un establecimiento siquiátrico.

El capitán Roberts miró al inspector Sullivan formulándole una muda interrogación, y éste afirmó con la cabeza.

A continuación, salieron de la celda y ya en el despacho del capitán, Sullivan hizo un único comentario:

—Se parecen tanto entre ellos como dos gotas de agua. A mi parecer son gemelos. ¿No encuentra raro, doctora, que los dos


estén, digamos, retrasados mentales?

CAPÍTULO VI

Finalizaba el año 1978. La doctora Ferguson entró en la habitación de sus pacientes, continuando con la imposición hecha a sí misma de curarles las mentes, sabiendo de antemano cómo los encontraría. A uno, frente al otro, mirando cómo dibujaba esquemas y más esquemas con sus correspondientes cálculos, y que luego serían fotografiadas en secreto y remitidas al Departamento Federal, para ser mandadas a un centro técnico para el subsiguiente estudio.

—Buenos días, amigos míos —saludó igual que cada mañana.

—Me gustas más sin gafas —le respondió uno de ellos con defectuosa pronunciación, ante la consiguiente sorpresa de la joven —, no te ocultas tus preciosos ojos.

—¡Tabis, has hablado! ¿Te das cuenta? ¡Has hablado!

—Nunca he dejado de hacerlo.

—Pero no en inglés.

—Ahora, cada vez lo haré con mayor perfección.

—Formidable, no dejes de hacerlo y pronto estarás curado. ¿Cómo te llamas?

—Ya lo sabes, Tabis.

—¿Y qué más?

—Tabis de Pepiónides.

—¿Eres griego?

—No, soy atlante.

—De Atlanta, capital del Estado de Georgia, claro está.

—No. Yo nací en la Atlántida.

—¿Dónde…? —preguntó, incrédula y sorprendida.

—En la Atlántida, una tierra que ha quedado sepultada bajo las aguas de un gran océano.

—No, no, Tabis, por favor, tranquilízate.

—Estoy tranquilo, doctora, eres tú quien está excitada.

—Pero la Atlántida no ha existido nunca, es una leyenda sobre un hipotético continente iniciada por Platón en los diálogos de

Timeo…

—¿Y qué es una leyenda?

—Es el relato de unos hechos…

—¿Te das cuenta? Es el relato de unos hechos —interrumpió nuevamente Tabis.

La doctora Ferguson lo miró atentamente y comprendió que frente a ella tenía a un hombre, en apariencia, con pleno uso de sus facultades mentales.

—En este caso eres inmortal —contestó perdido el control del interrogatorio.

—No, te equivocas, soy tan mortal como tú.

La joven hizo un esfuerzo y logró dominarse. Aunque Tabis parecía estar normal, sus contestaciones eran tan inverosímiles que denotaban ser fruto de un cerebro desequilibrado. Ahora tal vez lograría conocer la clase de demencia que les afectaba y la curación ya no sería tan problemática.

—Tabis, ¿cómo explicas haber vivido tantos años y conservado en tal estado de juventud?

—¿Para qué voy a contártelo si no me crees?

—Voy a creerte, te lo prometo, ¿quieres explicármelo?

—Pequeña mía, es inútil que trates de engañarme; estás pensando que estoy loco. En verdad, Cario y yo somos atlantes, nacidos en la Atlántida y, aunque hace de ello muchos miles de años, en estos instantes solamente contamos unos veintiocho o veintinueve años de vida natural. No, no digas nada, puedo leer tu pensamiento y sé cuál va a ser tu próxima pregunta; por tanto, para que veas mi sinceridad voy a contestarte; durante tan largo tiempo hemos estado sometidos a un perfecto estado de hibernación.

La doctora Ferguson se abstuvo de hacer otra pregunta, se limitó a pensarla y Tabis contestó inmediatamente:

—Vuestras experiencias no han dado resultado satisfactorio porque todavía estáis atrasados en esta rama experimental de la medicina comparados con mi pueblo, aunque en otras, lo confieso, estáis más avanzados.

La joven pasó en el transcurso de pocos minutos por varias facetas emocionales. En aquellos momentos se sentía maravillada, dentro de la mayor incredulidad, de la facilidad con que su paciente parecía leer sus pensamientos. En la mente formuló otra pregunta a Tabis.

—Sí, los policías tenían razón cuando afirmaron haber visto una nave espacial; fue la que nos condujo de regreso a la Tierra.

Nuevamente captó Tabis las ondas cerebrales de la joven,

porque contestó sin titubear:

—Por la misma que ahora en la faz de la Tierra hay civilizaciones tan diferentes. Vosotros estáis en un estado avanzado en el desarrollo de todas las ramas del saber humano y en cambio, y me limito a comentar el reportaje cultural de la televisión de hace tres días, unos antropólogos descubrieron en el Amazonas una tribu ignota de hombres que viven en la llamada edad de piedra. En mi tiempo ocurrió igual con la diferencia de que vosotros sois mejores, intentáis compartir vuestro saber con todos los humanos y mi pueblo guardaba celosamente para nosotros toda la ciencia adquirida.

Tras la contestación de Tabis, la actitud de la doctora fue muy diferente; con los ojos empañados de lágrimas y tono de amargura dijo entrecortadamente:

—¿Por qué te has burlado de mí?

—Jamás lo hice, ni ahora ni nunca. Te digo la verdad acerca de cuanto nos ha ocurrido por dos razones fundamentales: la primera, porque estoy enamorado de ti desde el primer momento en que te vi y has de conocer lo concerniente a mí… Sí, doctora, te quiero con la misma intensidad que un hombre puede amar a una mujer sea cual sea la época en que viva; y después, porque necesitaré de tu colaboración para prevenir o salvar, si nos es posible, a toda la humanidad del monstruoso peligro que se cierne sobre ella.

—Estoy confusa, Tabis, muy confusa, tanto, que ni siquiera llego a comprenderte.

—Momentáneamente, sólo te interesa saber que te amo.

—Sí, Tabis —respondió sumisa la joven.

—¿Podrás quererme algún día tú a mí?

—Yo también me enamoré de ti desde que me acariciaste los cabellos; estoy segura.

Tabis, tras la confesión de ella, inclinó la cabeza, la abrazó y seguidamente la besó ardientemente.

Un fuerte aplauso, inesperado, sacó a los enamorados del éxtasis del prolongado y apasionado beso.

—¡Bravo, Tabis! Eres el más persuasivo de todos los hombres que he conocido, incluidos los hombres-pez de los asteroides —dijo riéndose Cario sin dejar de aplaudir.

—Cario, te lo ruego; no te burles de nosotros, nos amamos.

—Mí felicitación más efusiva, aunque las mujeres de cabello dorado no sean de mi agrado.

Inmediatamente, Cario se levantó y tomó a la joven por los hombros y le besó fraternalmente en la tersa frente con manifiesto

respeto, como hubiera hecho de haber vivido en la Isla.

—Tabis, dile que le doy la enhorabuena. Siempre la he tenido por una mujer inteligente y ahora, al escogerte a ti, lo ha demostrado cumplidamente.

***

Al posarse sobre la cimentada pista el pequeño reactor de cincuenta plazas, a una de las personas que guardaban la llegada, se le permitió permanecer junto a la escalerilla para observar a los pasajeros a medida que iban descendiendo del avión. Al bajar una bella joven rubia acompañada de un hombre, joven también, de elevada estatura, rostro moreno, de facciones angulosas y ojos y pelo negros, se acercó a la pareja y preguntó cortésmente:

—¿La doctora Ferguson?

—Sí.

—¿Su acompañante es el hombre?

Nueva afirmación.

—Hagan el favor de acompañarme.

Sin otro comentario, salieron por una puerta reservada del aeropuerto, frente a la cual había estacionado un potente automóvil. El conductor, con un cigarrillo en los labios a medio consumir, estaba sentado frente al volante.

El hombre que ejercía las funciones de guía abrió la portezuela posterior e invitó:

—¿Tienen la bondad de acomodarse?

Después de haber penetrado en el interior del coche la joven pareja, hizo lo propio y tomó asiento junto a Tabis.

—Adelante —ordenó al chófer.

A los miembros de la policía militar que custodiaban la puerta de acceso, ya se les habían cursado las instrucciones pertinentes acerca de quienes pasarían prontamente, pues al reconocer al coche y a su conductor no efectuaron el obligado control de reconocimiento. El vehículo, una vez reducida la velocidad, penetró en el recinto sin mediar ninguna formalidad, hasta parar suavemente frente a un recinto de colosales dimensiones. Habían llegado al infranqueable Pentágono, sede de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.

—Por aquí, por favor.

Penetraron en el interior, donde multitud de hombres armados montaban estrecha vigilancia en los pasillos en los cuales el ir y venir de otros con uniformes de distintos coloridos era constante.

En el suntuoso despacho ocupado por tres hombres, dos vestidos

civilmente y otro de uniforme con los distintivos de general, se parecía aguardar la presencia de los visitantes, pues tan sólo el guía pulsó el timbre de llamada se iluminó el disco de «Pueden pasar».

—Quédese, mayor —dijo el hombre sentado detrás de una suntuosa mesa repleta de documentos, cuando el acompañante hizo ademán de retirarse.

—Sí, señor.

—Usted debe de ser la doctora Ferguson, ¿verdad? —continuó hablando, dando muestras de un gran dinamismo.

—Así es, señor.

—Y ése será el hombre que parece ha de esclarecernos el hecho de las desapariciones repentinas de las cápsulas de observación que tanto los rusos, los europeos y nosotros hemos intentado poner en la órbita de Marte, ¿cierto?

—Sí, señor —volvió a afirmar la joven.

—Explíquese —dijo al hombre moreno compañero de la joven.

—Las cápsulas espaciales a que usted alude son destruidas tan pronto como llegan a una distancia capaz de poder mandar a la Tierra telefotos de la superficie del planeta.

—No me descubre nada nuevo, ya sé que son destruidas. Pero ¿cómo?

—Por los disparos de las astronaves de los habitantes que pueblan los asteroides con atmósfera de composición similar a la nuestra, situados entre la Tierra, Marte y Júpiter.

—Debo advertirle que, como ministro de Defensa de los Estados Unidos, no puedo perder el tiempo en tonterías. Déjese de absurdas fantasías y conteste positivamente; ¿cómo son destruidos los satélites de exploración que hemos dirigido hacia Marte?

—Acabo de decírselo; son fulminados por las astronaves militares que custodian las explotaciones mineras del planeta.

—¿Quién le ha facilitado semejante información, algún marciano quizá? —preguntó el ministro con manifiesta burla.

—Yo trabajé durante unos dos años, equivalentes a cuatro terrestres, en las minas de Marte.

—Caballeros, lamento que se hayan dejado sorprender por su buena fe, pero ya han escuchado las respuestas. No puedo presentar al Presidente un informe con una historia tan descabellada.

—Señor, los esquemas de su compañero estudiadas por técnicos competentes indican…

—A su Departamento le corresponde investigar a fondo acerca de la persona del tal ingeniero, señor Douglas —interrumpió el alto dignatario.

—¿Insinúa usted que miento? —preguntó Tabis, glacialmente.

—Sí.

Con increíble rapidez y antes de que ninguno de los presentes pudiera evitarlo, el atlante agarró al ministro de Defensa por las solapas de la chaqueta y lo levantó con pasmosa facilidad del sillón en que permanecía acomodado.

—¡Es usted un imbécil!

El superintendente Douglas fue el primero en actuar. Introdujo velozmente la mano diestra en el sobaco izquierdo, y como por arte de magia apareció empuñando una mortífera pistola.

—¡Tabis! —más que una exclamación fue un grito mezcla de aviso y temor.

El joven atlante ya había captado el pensamiento antes que la palabra. Dejó súbitamente al ministro, saltó hacia un lado y se giró simultáneamente de cara al peligro que presintió le acechaba.

—No he terminado de hablar, por lo tanto, guarde la pistola o dispare, pero procure matarme al primer tiro porque si falla lo despedazaré.

—Guarde la calma, Tabis; mi propósito no es disparar contra usted si no me obliga al maltratar al señor ministro.

—No permito que me llame embustero.

—El señor ministro no ha querido ofenderle, únicamente ha pretendido manifestar que su explicación le parece inverosímil.

—Pues ahora la escuchará completa… Y después sí tendrá ocasión de juzgarla increíble.

Seguidamente, se acercó al ministro de Defensa, sentado de nuevo en el sillón donde fue empujado, expectante de cuanto ocurría y con el dedo índice puesto en un pulsador de alarma.

—No voy a causarle ningún daño, pero es preciso que me escuche con atención y para ello, previamente voy a asegurarme.

Y despreciando el posible peligro de que Douglas pudiera dispararle por la espalda, sujetó al ministro por el cuello y le presionó diestramente una vértebra cervical.

—No tema, señor ministro; le he provocado una parálisis pasajera en todos los miembros y que le haré desaparecer tan pronto haya concluido mi narración. Medite con atención su caso; no puede moverse, pero sí verme, escucharme y pensar; confío en que su actual estado pueda servirle de pequeña prueba relativa a la veracidad de cuanto explicaré.

Y ante la expectación de los reunidos, que no dejaban de mirar incrédulos al imposibilitado ministro, Tabis, sin afectación, narró todos los hechos ocurridos desde el lejano día en que penetró en la

nave espacial en la pista de lanzamientos del centro de experimentación de la Atlántida, hasta su regreso a la Tierra.

Al concluir su explicación, pasó a la parte trasera del sillón del temporal paralítico y luego de pasarle suavemente los dedos por la nuca, con los pulgares hizo otra presión y el ministro recobró nuevamente el uso de sus facultades corporales.

—Le ruego que me perdone, señor ministro; ahora ya está informado de todo lo concerniente a la destrucción de los ingenieros terrestres enviados a Marte y del peligro de la pretendida conquista que corre nuestro planeta. Yo, gracias a esta entrevista conseguida a través de la doctora Ferguson, creo, según cual sea su posterior decisión, haber iniciado ya la posible defensa de la humanidad.

Al no haber recobrado el ministro la suficiente entereza, después del experimento efectuado en su persona, el general habló por primera vez a lo largo de la sorprendente audiencia.

—Doctora Ferguson, señor Tabis, ¿les importaría dejarnos solos?

—No, señor —se anticipó Tabis.

—Les ruego encarecidamente que se abstengan de hacer comentarios con nadie; su narración, de trascender a los medios informativos, podría producir un incontenible pánico en todo el orbe.

—No tema, sé guardar un secreto.

—Mayor, ¿quiere acompañarlos?

—A la orden, general.

Ya instalados en el mullido asiento posterior del automóvil, la doctora Ferguson no pudo contener más su curiosidad y preguntó a Tabis:

—¿Cómo conseguiste paralizar tan fácilmente al ministro?

—Usando una de las técnicas médicas de nuestro pueblo. Se provoca la paralización del sistema nervioso central y entonces podemos efectuar las operaciones quirúrgicas sin que el paciente sienta el mínimo dolor; en realidad, es una sustitución de vuestros anestésicos de los cuales nosotros prescindimos casi por completo.

—Vuestro sistema es maravillosamente rápido, fácil y seguro.

—Si puede efectuarse convenientemente, pero tal como lo he realizado hoy, únicamente tenía a mi favor un diez por ciento de posibilidades de que me saliera bien. En realidad, he tenido mucha suerte, Esther.

—¿De haber fallado corría algún peligro la vida del ministro? —preguntó interesada en el experimento científico.

—Hubiera podido matarlo.

—¿Y te has atrevido a…? —preguntó con cierto horror.

—Ya lo has visto. El ministro y yo hemos estado a las puertas de la muerte, pues si hubiera fracasado, Douglas y el mayor —y con un ademán de cabeza señaló al militar sentado junto a él —que también está armado, hubieran disparado sus pistolas contra mí.

Entre tanto, tres altas jerarquías en un despacho del Pentágono están conversando animadamente acerca del mismo tema.

—¿Cuáles son las conclusiones de ustedes después de haber escuchado y presenciado la demostración que acaba de realizar en mi persona el llamado a sí mismo nacido en la legendaria Atlántida?

—Durante mi carrera he adquirido cierta experiencia sicológica sobre los hombres para conocer cuando mienten y el tal Tabis parecía hablar con sinceridad. Por tal razón estoy confundido; ha contado una historia tan increíble que a todas luces es producto de una mente desequilibrada… No obstante, la doctora Ferguson asegura que el cerebro de su paciente es tan normal como el de cualquiera de nosotros.

—¿Y la doctora no estará, digamos, haciéndole el juego? Daba la impresión de estar enamorada de él.

—Merece toda mi confianza, general; es hija de uno de nuestros mejores agentes, el capitán Ferguson, asesinado misteriosamente en el cumplimiento de una delicada misión.

—Y como médico, ¿en sus diagnósticos goza de igual confianza?

—No lo dude, pese a su juventud está calificada como uno de nuestros mejores valores en el campo de su especialidad. Por tales circunstancias le he confiado la misión de investigar todo lo concerniente a nuestros misteriosos desconocidos. Mi Departamento es el principal interesado en conocer si se trata simplemente de dos importantes con ganas de publicidad o de dos agentes de alguna otra potencia con la misión específica de sembrar el caos en nuestro país o bien introducirlos entre nuestros hombres de ciencia, pues no debemos de olvidar los esquemas dibujados por el otro, los cuales, según los informes de los especialistas, aunque no del todo comprensibles, parecen estar dotados de cierta verisimilitud científica.

—¿Puedo conocer sus planes, Douglas? —esta vez fue el ministro quien formuló la pregunta.

—Darles tanta cuerda como quieran, al menor desliz, ellos mismos se ahorcarán… siempre que no sea cierta su narración.

—¡No creerá en todas estas bobadas!

—Señor ministro, recuerdo que llevamos muchos años en una

investigación concienzuda acerca de los O.N.V.I. y todavía no hemos llegado a la conclusión categórica de si existen o no en la realidad. Por otra parte, si treinta años atrás alguien hubiera afirmado categóricamente, aunque hubiera sido un célebre científico de su época, que los viajes a la Luna por el hombre serían tan fáciles de realizar como trasladarse de una ciudad a otra, ¿no hubiera sido tachado de loco visionario?

Ante tan simple argumentación, tuvieron que rendirse a la evidencia.

—Continúe investigando a los… atlantes y que Dios nos ayude si cuanto dicen es verdad.

***

A partir de aquel día, la situación de Tabis y Cario cambió radicalmente. Fueron dados de alta del centro siquiátrico e instalados en un confortable y discreto hotel de la urbe. Además, a Cario se le proveyó de una espaciosa casa de campo donde pudiera montar el laboratorio de experimentación con la ayuda de dos ingenieros y cinco técnicos. El Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos de América, iniciaba así el premeditado plan.

—¿Por qué no vienes alguna vez a visitar mis instalaciones? —preguntó Cario tras engullir una sabrosa porción de carne asada a su compañero de mesa.

—Cualquier día lo haré, te lo prometo.

—Puedes traerte a Esther, así la belleza de los campos adornados con sus mejores galas, gracias a esa estupenda primavera, puede que llegue a vuestros corazones y os enamoréis el uno de la otra y la otra del uno —y, seguidamente, Cario se rió de su propio chiste.

—¿Puedo sentarme en vuestra mesa, muchachos? Estoy sola en el hotel y preferiría hacer las comidas en compañía de gente joven y alegre.

Tabis y Cario miraron al mismo tiempo a la propietaria de aquella voz melodiosa y contemplaron a una joven esbelta, de largo cabello rojizo, ojos verde-azulados y de facciones perfectas. También se percataron de los prominentes senos realzados por el ajustado jersey y de las bien moldeadas piernas dejadas al descubierto por la minifalda cortada a unos veinte centímetros por encima de la rodilla.

—Sí, cómo no… —se apresuró a decir Tabis, levantándose prontamente y acercándole una silla.

Una vez servida la comida en la mesa ocupado por los dos atlantes y el camarero se hubo retirado, la joven, con una sonrisa

que dejaba al descubierto los blancos y bien alineados dientes, se presentó:

—Me llamo Duval; Gloria para mis amigos.

—Yo, Cario.

—Tabis es el mío.

—Cario…, Tabis…—meditó unos segundos—. No parecen nombres americanos.

—Son griegos —contestó rápidamente Tabis, recordando la equivocación cometida por Esther acerca de su nacionalidad.

—Así se explica que seáis tan morenos; sois oriundos de aquel bello país mediterráneo, cuna de la civilización. Él año pasado visité Atenas…

—Pero no nacimos allí; lo fueron nuestros antepasados; nosotros somos naturales de Atlanta, capital del Estado de Georgia —mintió Tabis, recordando nuevamente la confusión de la doctora Ferguson en su primera conversación, deseando al propio tiempo que Gloria no conociera la ciudad mentada, totalmente desconocida para ellos.

Tras cortar delicadamente una porción de la deliciosa carne asada y antes de introducírsela en la boca, invitó:

—Tengo una amiga solitaria como yo. ¿Queréis que la llame y vayamos a cualquier parte a tomar unas copas y bailar?

—No va a ser posible —contestó Cario seriamente—; mi amigo está enamorado de su médico y cada mañana y tarde va a visitarse; claro que el tal médico es una doctora estupenda.

—¿Tan grave es su estado? —dijo Gloria con amplia sonrisa.

—Sí, está gravísimo.

—Eres muy bromista, Cario, y da gusto ver cómo me tomas el pelo. A propósito, ¿tú también has de ir a la consulta de tu médico?

—Yo no puedo, he de cuidar mi trabajo —contestó Cario que no descuidaba sus experimentos electrónicos.

—Resultado final: una soberana negativa —contestó Gloria con un delicado mohín de disgusto.

—A Tabis le gustan las chicas, de pelo como el tuyo; no pierdas la esperanza, insiste, y ya verás cómo cualquier día da esquinazo a su novia. No podrá resistir mucho tiempo a tus encantos.

Tan pronto como termino de pronunciar estas palabras, encajó estoicamente la patada propinada por Tabis por debajo de la mesa.

Una noche, y mientras se desvestían a fin de acostarse, Cario abordó el tema que le venía preocupando desde hacía varios días.

—Tabis, ¿cuál es el verdadero propósito de Gloria?

—Pues la razón está bien a la vista; conquistarte, muchacho, conquistarte. Hasta un ciego se daría cuenta de que se dedica casi

exclusivamente a ti.

—Hablo seriamente, Tabis, ¿has captado alguna vez cuál es su verdadero pensamiento?

—No, en realidad nunca lo he intentado.

—Pues deberías hacerlo. Encuentro un algo sospechoso en sus constantes asedios.

—Son figuraciones tuyas; la chica se encuentra sola y le gustas.

—Tengo mis dudas; vengo observando que, al no estar tú presente siempre, encuentra la manera de abordar el tema de mi trabajo y hoy me ha ofrecido si acepto trabajar para unos amigos suyos, un empleo retribuido con cinco mil dólares mensuales. ¿No te parece una cantidad muy elevada para pagar mis servicios, sin conocer siquiera a qué me dedico en realidad?

Tabis ya no tomó a broma las palabras del perspicaz Cario. Siempre había considerado a Gloria como a una joven solitaria, hospedada en el mismo hotel que buscaba únicamente su compañía. Pero ahora, ligeramente preocupado, también tuvo la sospecha de si abrigaba algún oculto propósito, pues no se ofrecía un puesto de trabajo tan bien remunerado a causa de una simple amistad.

—¿Qué le has contestado?

—Que por el momento no me interesaba y ya no hemos entrado en ninguna otra consideración.

—¿Le has puesto en antecedentes, en alguna ocasión, de la peculiaridad de tu trabajo?

—No, y menos cuando estamos próximos a culminar la construcción de la emisora para comunicarnos con Juko.

CAPÍTULO VII

—¿Y la señorita Duval, tampoco viene a cenar? —preguntó Tabis al camarero, con el deseo de explorar los pensamientos más recónditos de la mente de aquella mujer, tras las preguntas formuladas casualmente por Cario y previstas de antemano.

—No, la señorita Duval se ha ido de nuestro hotel.

—¿Ha dicho dónde se mudaba?

—Enseguida los informaré.

Al regresar, poco después, el camarero informó:

—Lo siento, señores; esta mañana ha pagado la cuenta y se ha marchado sin dejar sus actuales señas.

—Bien, gracias.

Tan pronto como se hubo retirado el camarero para atender a otras mesas, Cario comentó:

—¿No te parece extraña una marcha tan precipitada?

—Puede que nos estemos inquietando sin fundamento.

—Tal vez, pero ¿por qué sin despedirse de nosotros y precisamente después de mi negativa de entrar a trabajar con sus amigos? ¿No es demasiada casualidad?

—No sé, ella únicamente está enterada de tu condición de ingeniero, desconociendo totalmente la clase de trabajo que realizas; por ello pregunto: ¿no estaremos construyendo un castillo de un solo grano de arena? ¿Me equivocaría al suponer a Gloria interesada en tu trabajo por ti, y que, posiblemente, si te recomendó a sus amigos lo hiciera con el propósito de que le agradecieses un señalado favor y te fijaras en ella? Mas, al comprender la imposibilidad de enamorarte, se marchó despechada del hotel.

—Yo no puedo perder el tiempo con mujeres, he de cumplir una misión muy importante.

—¿Acaso reprochas mi conducta? —preguntó Tabis con inusitada seriedad no exenta de ligera violencia.

—Jamás lo haré, puedes leer mi pensamiento y sabes que no te miento. No censuro tus amores con Esther, antes al contrario, los

apruebo de todo corazón; bastante sufrimos en Marte y es muy lógica tu ambición de procurarte un poco de felicidad en justa compensación. Además, tú no puedes hacer nada, eras el médico de la expedición y yo el ingeniero; por tanto, como el trabajo a realizar en primer lugar es el de mi especialidad, he de efectuarlo yo.

—Perdona, Cario.

—Nada he de perdonar, entre nosotros no puede haber ofensas. Las extrañas circunstancias de nuestras vidas nos han convertido en los únicos supervivientes de una raza misteriosamente desaparecida y yo te quiero no como a un simple compañero que comparte la aventura de un viaje espacial, sino como a un hermano.

—No sabes cuánto me gustaría que también estuvieras dotado de la facultad de poder leer mis pensamientos, porque verías que mis sentimientos hacia ti son los mismos.

Al día siguiente, Tabis no se extrañó de la ausencia de Cario. En alguna otra ocasión anterior, ya había faltado a algunas de las cotidianas comidas. Seguro de que el amigo permanecía en el laboratorio-taller para finalizar la construcción de la emisora-receptora basada en las técnicas de los habitantes de los asteroides, totalmente diferentes a las de la Tierra, se acostó.

Hasta tanto los rayos del sol no le dieron en el rostro, Tabis no se despertó. Miró a la cama del amigo y se dio cuenta de que no había sido deshecha, encima de la misma todavía continuaba el periódico nocturno dejado cuando se acostó. Cario no había dormido aquella noche en el hotel.

—Hoy será el gran día —monologó—. Cario debió de haber terminado el aparato para comunicarnos con el general Juko.

Con patente nerviosismo se vistió rápidamente y tras un frugal desayuno salió a la calle, paró a un taxi y se hizo conducir a la casa de campo donde Cario tenía montadas las instalaciones.

Su llegada debió de ser observada, porque lo recibió en la puerta un hombre de complexión robusta, de unos cuarenta años, de pelo cortado casi al rape y de mirada sumamente vivaz. Era uno de los operarios puestos a disposición del atlante.

—Buenos día, Tabis —saludó—; ¿está indispuesto Cario?

—Pero… ¿no está aquí? —preguntó a su vez como respuesta.

—No, ayer ya no vino.

—Pues yo tampoco lo vi.

—Pase, por favor —rogó el hombre.

Una vez en el interior, y ante la mirada inquisidora de los hombres integrantes del equipo de Cario, el mismo ayudante interrogó:

—¿Dice que ayer no estuvo con él?

—No, creí que había permanecido todo el día aquí.

—¿Qué habrá podido ocurrirle, Powell? —preguntó uno de los ingenieros ayudantes, hombre de sesenta años y completamente calvo.

—Es pronto para alarmamos, pero si no aparece es posible que…

—¿Qué? —interrumpió ansiosamente su interlocutor.

—Han podido raptarlo.

—¡No es posible!

—Sí, lo es, todos nosotros somos de confianza y nadie ha hablado más de la cuenta; pero ¿no pudo suponer alguien de que en esta casa de apariencia inocente se trabajara en un proyecto secreto? Aunque se trate de una falsa alarma, y ojalá lo sea, voy a comunicarlo a mis superiores. No podemos perder ni un minuto en la búsqueda de Cario.

Las palabras de Powell despertaron en Tabis una repentina sospecha. Gloria Duval podía ser la persona que intuyera, aunque no en su verdadera magnitud, la instalación secreta.

***

Cario, tras el volante de su coche deportivo, canturreaba la melodía de moda «Ámame marcianita», sonriendo al comparar la maravillosa belleza atribuida a la heroína de la canción, con el rostro de las mujeres-pez posibles habitantes de Marte. Al ver atravesado un automóvil de grandes dimensiones en la estrecha carretera vecinal que conducía al laboratorio, cesó de cantar y redujo la velocidad. A medida que se acercaba, dejó de apretar paulatinamente el acelerador hasta parar a escasos metros del vehículo que entorpecía el camino.

Al observar que dos hombres lo empujaban con la intención de apartarlo a un lado sin poder conseguirlo, descendió del suyo y se les acercó.

—¿Puedo serles de utilidad?

Los hombres lo miraron detenidamente y después de una breve inspección, uno de ellos le contestó:

—Si tuviera la amabilidad de ayudarnos a empujar este trasto hasta la cuneta le quedaríamos muy agradecidos.

—Vamos allá —se ofreció Cario colocándose en la parte trasera del coche y apoyando las manos sobre la cubierta del portapaquetes.

Cuando sintió el pinchazo en el antebrazo derecho, se revolvió instintivamente e intentó agredir al hombre más próximo a él. Se

percató demasiado tarde de que había sido víctima de una celada, pues al intentar levantar el brazo para defenderse no tuvo fuerzas para ello y sintió como se desvanecía. Primero tuvo la impresión de que todo se oscurecía a su alrededor y después una caída sin fin. La potente droga clorotemina había producido sus instantáneos efectos anestésicos.

Al recobrar el conocimiento, Cario se encontró tendido en una confortable cama a tenor de la comodidad en que se hallaba y la postura horizontal de su cuerpo. A medida que cesaba el mareo y se le aclaraba la visión, fue observando cuanto lo rodeaba. Se encontraba en una habitación desconocida y de pie frente a él, unos hombres no dejaban de mirarlo atentamente. Intentó frotarse los ojos y al mover el brazo derecho el izquierdo hizo igual movimiento; sus muñecas estaban rodeadas por unos brazaletes metálicos unidos por una resistente cadena.

—Perdone, profesor Cario, que hayamos tomado la precaución de esposarlo, pero a juzgar por su aspecto físico usted debe poseer una fuerza descomunal.

—¿Quién es usted? —preguntó Cario con desconcertante tranquilidad.

—No tengo inconveniente en descubrirle mi verdadera identidad, pues es muy posible que me haya reconocido. Soy el doctor Chultz, ex profesor de física nuclear de la universidad de Berlín.

—No lo conozco —contestó escuetamente Cario con igual pasividad, sin mostrar la ira que realmente sentía.

—Profesor Cario, deseo dialogar con usted. ¿Me da su palabra de no emplear la violencia e intentar la fuga?

—Doctor, no crea que mis estudios de ingeniería me han privado del sentido común; ¿cómo voy a pretender huir si el sujeto que está a su lado no ha dejado ni un instante de apuntarme con la metralleta?

—Si acepta mi proposición, ese hombre se retirará y le abriré las esposas.

Cario no tenía más alternativa que ceder, y movido, además, por el deseo de averiguar cuáles eran los propósitos del hombre que se había presentado como profesor y le daba a él igual título, accedió.

—Sea, tiene usted mi palabra.

—Gracias.

El profesor Chultz se le acercó y con una diminuta llave abrió las esposas, mientras el guardián, a una indicación, se retiraba del aposento. Al verse libre, el primer pensamiento de Cario fue saltar

sobre el enclenque hombre de ciencia y golpearlo, pero al recordar la promesa hecha, se contuvo.

—¿Tiene apetito, profesor? —preguntó solícito el tal Chultz.

Cario se levantó de la cama, tomó asiento en uno de los butacones del dormitorio y contestó:

—Antes prefiero conversar. ¿Por qué me han…?

—¿Raptado?

—Exacto, raptado.

—Usted no es norteamericano, aunque se diga natural de Atlanta; es suficiente oírle hablar para darse cuenta de ello. ¿Es europeo?

La fuerte carcajada de Cario, como contestación, desconcertó al profesor Chultz, que la interpretó como una negativa.

—¿De la Unión Soviética? —continuó interrogando el profesor.

Cario guardó silencio unos momentos, meditando la contestación. No le cupo duda, a causa de la experiencia adquirida después del increíble regreso a la Tierra, de que si revelaba su verdadera nacionalidad no sería creído y que, al ser tomada por absurda burla, empeoraría la situación.

—De las Azores —respondió ubicando tales islas con lo que debió de ser el límite occidental de la Atlántida.

—Aquel archipiélago pertenece a la Comunidad de Estados Europeos. ¿Puede decirme, profesor, por qué no investiga en pro de su patria?

—Yo no trabajo para ningún país, lo hago para el bien de toda la humanidad.

—En tal caso, véngase a Europa.

—La nación donde esté me es indiferente, pero ahora no puedo abandonar mis instalaciones.

—Tengo autorización de mi gobierno para ofrecerle toda clase de garantías. Nadie le investigará su pasado y le prometo proveerlo de otras iguales o mejores a las que le hayan proporcionado los americanos.

—Lo creo; pero no puedo empezar de nuevo, perdería demasiado tiempo.

—Por sus descubrimientos le pagaremos mucho mejor; fije usted mismo la cantidad.

—Profesor Chultz, a mi entender han cometido un tremendo error; yo no investigo por el afán de lucro, ya le he dicho que trabajo únicamente para el bien de toda la humanidad.

—Nuestros informes son fidedignos y sabemos que está ocupado en un proyecto secreto.

—Diga más bien diferente a las técnicas empleadas hasta ahora.

—Si en realidad no le importa ni el dinero ni el país, ¿quiere explicarme en qué consisten sus investigaciones?

—Para hacerme tal pregunta, si en efecto es usted un científico, no precisaba haberse tomado tantas molestias, anestésicos, raptos, vigilantes armados, soborno. Visitándome en mi hotel le habría informado cumplidamente: estamos construyendo una emisora.

—¡Señor Cario! ¿Me toma por bobo?

—Allá usted, le he dicho la verdad.

—No quisiera emplear medios químicos para hacerle hablar; recuerde, una inyección de tequión glicérico será suficiente para que responda a todo cuanto queramos saber. Usted es europeo y podemos actuar como mejor nos plazca.

—Soy su prisionero, ¿verdad? Pues hagan cuanto les venga en gana —contestó Cario, destempladamente.

—Profesor, nuestros deseos fervientes son de que usted colabore con nosotros de buen grado y retorne voluntariamente a su patria. Le suplico que medite mi proposición cuanto tiempo crea necesario, pues no tenemos prisa. Voy a dejarlo, pero, por favor, no intente la fuga; hay hombres armados vigilando y no vacilará en dispararle… Sería una lástima malograr un talento como el suyo, predestinado a ser un genio. Como científico lo sentiría muchísimo, créame.

Seguidamente, el doctor Schultz abandonó la estancia y Cario al escuchar el ligero chasquido de la cerradura de la puerta al cerrarse, exclamó:

—¡Válgame el cielo! ¿Es que mi vida va a transcurrir de cautiverio en cautiverio?

CAPÍTULO VIII

Aunque Tabis estaba ignorante, tan pronto como Powell dio el informe de la desaparición de Cario al Servicio de Inteligencia, toda una pléyade de agentes especiales inició la búsqueda del desaparecido. Aeropuertos, estaciones de ferrocarril, carreteras y puestos fronterizos recibieron la orden de ser extremadamente vigilados.

El ministro de Defensa, a causa de los informes técnicos facilitados a través del agente Powell relativos a la construcción racionalizada que llevaba a cabo el ingeniero atlante, sintió cierta preocupación por la misteriosa desaparición de aquél, y ya no abrigaba tanto excepticismo acerca de la cautividad que dijeron haber sufrido en el planeta Marte. A fin de escuchar, atentamente esta vez, la inaudita narración, había concertado una nueva entrevista con Tabis en el despacho del Pentágono.

Las espaciosas salas de recepción del aeropuerto estaban sumamente concurridas cuando Tabis penetró en una de ellas para aguardar el clásico anuncio por los altavoces del vuelo con destino a Washington. Mientras paseaba indiferente por entre los grupos de viajeros captó, de pronto, unas fuertes ondas cerebrales.

—¡Tabis!

Giró la cabeza y buscó a la persona que lo había conocido absteniéndose, empero, de pronunciar el nombre de viva voz. El gesto instintivo de pretender ocultar el rostro tras una revista, delató a la mujer.

Tabis se acercó a ella y contempló un rostro vagamente conocido. De pelo corto color azabache, no levantó la mirada de sus maravillosos ojos negros, de la página objeto de su atención.

—¿Nos conocemos? —preguntó con amplia sonrisa a la par que agudizaba las facultades de telépata y las concentraba sobre la mujer.

—Si busca conversación, pierde el tiempo; prefiero estar sola.

—Aseguraría que nos conocemos —insistió Tabis.

La joven lo miró y le contestó despreciativamente:

—Haga el favor de dejarme en paz.

Tabis iba a pedir disculpas y retirarse, cuando tuvo una idea repentina. Sin dejar de concentrarse en el cerebro de la joven, preguntó:

—¿Tampoco conoce a Cario?

—Váyase o pediré ayuda.

La imprevista pregunta de Tabis causó impacto en la mente de la joven porque la identificó de inmediato.

—Es mejor que no lo hagas, Gloria. Confieso que tu nuevo aspecto me engañó momentáneamente, pero ya ves, te he reconocido. ¿Quieres conversar aquí o prefieres hacerlo en otro lugar más reservado?

—No sé quién es usted, ni ese Cario, y no me llamo Gloria. Por última vez se lo pido, déjeme tranquila —contestó la mujer haciendo gala de una perfecta serenidad.

—Es inútil que adoptes tal postura; Cario ha desaparecido y tú debes de saber mucho acerca de este asunto; ¿dónde está?

Aunque la conversación no era sostenida en tono elevado, la actitud violenta que mantenían fue observada por algunos de los concurrentes, porque dos marineros espigados se acercaron premeditadamente y oyeron perfectamente a la mujer cuando insistió:

—No sea tan impertinente, señor, me está confundiendo con otra persona.

—¿Estás segura, Gloria?

—A mí estos tipos guapos con cara de peliculero de serial de televisión siempre me han caído antipáticos, ¿y a ti? —preguntó uno de los marineros a su compañero mirando fijamente a Tabis.

—A mí también, y principalmente cuando se creen unos donjuanes y molestan a todas las chicas que encuentran —y dirigiéndose a la joven, preguntó—: ¿le está molestando ese tipo, preciosidad?

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué no se larga, amigo, y la deja en paz? —dijo el primero de los marineros en haber tomado parte en la conversación.

—Ésta es precisamente mi pregunta, ¿por qué no se van y dejan de meter baza donde nadie los ha llamado? —contestó Tabis con aparente tranquilidad.

Uno de los marineros se enderezó el gorro que mantenía muy inclinado y con aire de fanfarrón se puso en jarras.

—¿No le han dicho nunca cuán peligroso es meterse con la

armada, hermano?

Tabis comprendió que aquellos dos marineros podían estropearle la suerte de haber localizado fortuitamente a Gloria Duval y se decidió a actuar. Sin pronunciar palabra, su puño derecho se disparó como un rayo sobre el mentón del marinero más cercano y lo abatió sobre un sillón que, a consecuencia del choque, se volcó con fuerte estrépito.

El otro marinero reaccionó seguidamente y castigó a Tabis con un duro golpe en la mejilla. El atlante recio el castigo imperturbable.

—Pegas bien, muchacho, pero no demasiado fuerte.

Por unos instantes, la frase admirativa de su antagonista desconcertó al marinero que, después de golpear a Tabis, había adoptado la posición de una guardia cerrada. El momentáneo descuido fue aprovechado por el atlante quien lanzó un poderoso zurdazo sobre el pecho del marinero y cuyo impacto se escuchó en todo el ámbito de la sala. No le dio respiro y sus poderosos puños martillearon al muchacho hasta que al cuarto golpe, asestado con tremebunda potencia en el maxilar inferior, cayó al suelo privado, de conocimiento.

Cuando Tabis se dirigía belicosamente hacia el otro marinero para continuar la pelea, vio que la joven objeto de la lucha estaba muy cercana a una de las salidas. Corrió veloz en dirección a ella y en el preciso momento de empujar la puerta para huir la sujetó fuertemente por el brazo.

—Antes te he dicho que hemos de hablar, Gloria, no opongas resistencia o no me importará golpearte.

Si bien el incidente transcurrió en contados minutos, la activa policía de servicio en el aeropuerto ya había hecho su aparición.

—¡Alto! —conminó el individuo vestido de azul con la mano apoyada en la culata de la pistola.

—¡Guardia, por favor, sálveme! Este hombre está loco —sollozó la joven cuyo brazo Tabis sujetaba.

—¡Suéltela de inmediato!

—Estamos llamando la atención, condúzcame ante su jefe, es una orden.

El tono imperativo de Tabis impresionó al policía porque se limitó a decir:

—Sí, señor.

Y cuando Tabis se puso a su lado, empezó a caminar.

Los dos policías que jugaban una partida de naipes ante la presencia indiferente del sargento, miraron al mismo tiempo hacia

la puerta cuando hicieron aparición el agente, Tabis y la mujer. Antes de poder formular pregunta alguna, se volvió a abrir la puerta y entró otro guardia uniformado en compañía de dos vapuleados marineros.

—Sargento, en la sala de espera número tres ha habido pelea.

—He de hablar en privado con usted, sargento —dijo Tabis tomando la iniciativa—, ustedes verifiquen la identidad de esos marineros y si no ofrecen duda sus personalidades déjenlos marchar. En cuanto a la mujer, cuiden de que no se mueva de aquí ni hable con nadie, vigilen estrechamente cualquier intento de rescate y si han de emplear las armas háganlo sin la menor vacilación. Pero sobre todo, a la chica la quiero viva ¿comprendido?

—Soy súbdita europea, exijo hablar con mi embajada —chilló histérica la detenida.

—¡Cállate, Gloria! Únicamente hablarás conmigo y ten presente que, si vuelves a gritar, no tendré inconveniente en enmudecerte de una bofetada.

«¿Quién era aquel joven corpulento de facciones graníticas con tanta autoridad?», se preguntaron los presentes, principalmente los marineros pues uno susurró al otro:

—Me parece que nos hemos metido en un buen lío.

—Sargento, cuando quiera. Ustedes cuiden de cumplir cuanto acabo de indicarles.

El policía condujo a Tabis a un despacho posterior, y tras cerrar la puerta habló por primera vez:

—¿Será tan amable de mostrarme sus credenciales?

—Sobre la mesa hay un televideo, establezca comunicación con el Departamento de Defensa en el Pentágono, he de hablar con el ministro —fue la contestación de Tabis.

—¿Con el ministro de Defensa? —preguntó dudoso el sargento olvidando su anterior petición.

—Sí.

—¿Tan grave es la situación?

—Puede, y ahora permítame hacerle una advertencia: todo cuanto oiga deberá considerarlo secreto de Estado.

—Sí, señor.

Cinco minutos después, en la pequeña pantalla del televideo aparecía el rostro de un soldado uniformado.

—Departamento de Defensa de los Estados Unidos, ¿diga?

—Me llamo Tabis y tengo una cita con el señor ministro. ¿Puede pasarle la comunicación?

—Un momento, por favor.

La pantalla se obscureció para volver a iluminarse de nuevo apareciendo los hombros y el rostro de un militar con graduación de comandante.

—El señor ministro está ocupado y no lo espera hasta las cinco. ¿Puedo servirlo yo, señor Tabis?

—¡Hola, mayor! —dijo al militar que le sirvió de guía la primera vez de ser conducido al Pentágono—, supongo que me recuerda.

—Sí, señor Tabis.

—Estoy en el puerto de policía del aeropuerto en compañía del sargento —advirtió por si el militar no lo había visto por el televideo—, creo tener un eslabón que nos puede conducir al paradero de Cario y quisiera proseguir la investigación. ¿Si no acudo a la cita, querrá informar al ministro?

—De acuerdo, ¿precisa de ayuda?

—Por el momento no.

—Suerte.

—Gracias.

Al quedar cortada la comunicación, la conducta del sargento era en extremo respetuosa. Indudablemente tenía ante él a un alto personaje del gobierno a juzgar por la deferencia del trato y que, además, se permitía cancelar una entrevista con tan importante dignatario de la Nación.

—Voy a usar su despacho, sargento, ¿quiere hacer pasar a la mujer?

Cuando apareció en la puerta escoltada por el policía, Tabis, con el mismo tono autoritario, dijo:

—Siéntate, Gloria. Sargento, cuide de que no nos moleste nadie.

—Sí, señor —respondió intrigado el policía, tras mirar a la bella joven objeto de persecución por parte de aquel agente especial.

—Le aseguro que comete un error; vea mi pasaporte.

—Has hecho una sucia faena a Cario. ¿Imaginas su decepción cuando sepa que lo enamoraste para espiarlo?

El ligero estremecimiento de la mujer no pasó desapercibido a los ojos sagaces de Tabis, quien creyó haber encontrado el punto flaco para hacerla confesar.

Al no obtener contestación, continuó:

—De ambas maneras eres muy hermosa. Pero dime, ¿cómo eres en realidad, rubia como cuando te conocimos o morena como ahora?

—Morena —respondió impensadamente, más, al advertir que acababa de descubrir su verdadera personalidad con pregunta tan simple, se tapó la boca con la mano.

—¿Por qué han raptado a Cario? —preguntó Tabis con dulzura, sin dejar de escudriñar las ondas cerebrales de Gloria.

—Es un sabio que trabaja en una arma secreta. Para poder continuar manteniendo la paz del mundo, ningún país puede tener supremacía sobre otro.

—Te equivocas; Cario jamás ha colaborado en la construcción de artefactos bélicos, tuviste tiempo suficiente para conocerlo y sabes que él es de naturaleza pacífica.

—Pero es un sabio y estaba al frente de un proyecto secreto.

—Pacífico, Gloria, tan pacífico que se entregó a él en cuerpo y alma para el bien de toda la humanidad. Ahora, posiblemente, tú has contribuido a malograr la inmensa obra que estaba a punto de finalizar.

—Yo no intervine en nada, Tabis, puedes creerme; únicamente me limité a cumplir las órdenes de investigar todo lo posible en relación a sus actividades.

—¿Y era necesario enamorarlo, primero, con tu hermosura para causarle tanto daño después? —mintió Tabis atacando el supuesto punto vulnerable de Gloria.

—En el pecado llevo la penitencia, fui débil y también me enamoré de Cario —respondió sollozando, perdida va la entereza.

Tabis había conseguido hallar el momento sicológico para que Glorìa confesase. Sacó un recorte de periódico del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió. Era la fotografía de un coche deportivo volcado e incendiado en un terraplén.

—Toma, lee y fíjate en los restos del coche.

Gloria asió con trémulas manos el pedazo de papel y al leer la corta noticia y observar el vehículo, estrujó nerviosamente el recorte y sin disimular el dolor que sentía exclamó llorando:

—¡Virgen Santísima! ¡Lo han asesinado!

—¿Quiénes?

—Los servicios de espionaje de mi país. Y yo he contribuido a su muerte…

—¿Querrás contarme cuanto sepas?

—Sí, lo haré. Me acusarán de traidora y después me castigarán, pero no me importa, me han engañado y voy a intentar ayudarte a desenmascararlos para que la muerte de Cario sea vengada —contestó sin dejar de sollozar.

Tabis supo que, a partir de aquel momento, podía contar con una poderosa aliada. La congoja de Gloria Duval, conocida su condición de espía, otra persona hubiera podido tomarla como una mera representación de un fingido sentimiento de dolor, pero al

atlante no podía engañarse y no le cupo duda de su sinceridad.

—Tranquilízate, amiga mía; Cario no pereció en aquel accidente.

—El coche es el suyo, estoy segura… Y en el interior encontraron un cadáver carbonizado.

—Pero no el de Cario. Yo soy médico y lo examiné tantas veces que tengo un conocimiento perfecto de todos sus pormenores. El cadáver hallado en el automóvil, aunque cuidaron de elegir meticulosamente a un hombre de sus mismas proporciones, puedo afirmarte categóricamente que no era el suyo. Fue un ardid muy bien tramado para hacernos creer que en un accidente fortuito perdió la vida, así no habría una posterior investigación para hallar su paradero.

—¿No pudiste equivocarte, Tabis? —preguntó con manifiesta esperanza.

—En absoluto, si Cario ha fallecido ha sido después, si bien lo considero muy improbable pues los tuyos no se hubieran molestado en procurarse otro cadáver a fin de engañarnos. Ahora que estás al corriente de este fraude, ¿quieres continuar ayudándome?

—Sí, Tabis, lo haré.

—Vayamos a la parte más esencial, ¿sabes cuál es su paradero actual?

—No, pero si me dejas procuraré averiguarlo.

—Me es de vital importancia hallarlo cuanto antes; quizás algún día pueda explicarte su clase de trabajo y comprobarás el tremendo error cometido por tus jefes que puede, incluso, redundar no sólo en su propio perjuicio, sino en el de todos los habitantes de la Tierra.

—Si era tan importante su misión, ¿por qué estaba tan descuidada la vigilancia de su persona, no destruía los cálculos y esquemas que hacía en el hotel y se limitaba a tirarlos a una papelera de la cual, mediante el pago de doscientos dólares nos fueron facilitados por una mujer de la limpieza? Además, ¿cómo es posible que ocupara un lugar de experimentación tan vulnerable?

—Porque en principio, y ahora todavía tengo mis dudas, no fuimos creídos.

—¿No puedes ser más explícito, Tabis?

—Es preferible que continúes en tu ignorancia.

—¿Dudas de mi lealtad?

Tabis, al no haber dejado de escudriñar la mente de Gloria, sabía que podía confiar en ella porque también deseaba fervientemente hallar a Cario. El amor había vencido al deber.

—Sí, Gloria, como en ti.

—No continúes llamándome Gloria usé este nombre para

cometer la estupidez más imperdonable de mi vida. Mi verdadero nombre es Domenica.

—Bien, Domenica, ¿empezamos a actuar?

—Ahora mismo.

La inteligente espía al servicio de la Comunidad de Estados de Europa se sobrepuso rápidamente, meditó durante unos momentos, e inmediatamente inició el plan que se había forjado.

—Ponte detrás del televideo para que no te vean, voy a iniciar… la operación rescate.

Tan pronto como Tabis cumplió la indicación de la joven, ésta pulsó unos números en el aparato y casi de inmediato se iluminó la pequeña pantalla.

—¡Domenica! —fue la exclamación de sorpresa—. Te suponía en el avión para París. ¿Qué te ha ocurrido?

—No te alarmes, Peter, pero he creído conveniente posponer mi viaje para dentro de unos días.

—Debes de tener alguna razón poderosa. ¿Puedes decírmela por televideo o prefieres que venga por ti?

—Ha sido una falsa alarma. Verás, al llegar al aeropuerto he comprobado que había mucha afluencia de policía secreta vigilando de manera especial a todas las mujeres, principalmente a las jóvenes y morenas como yo. ¿Habrán descubierto mi identidad? Ante el temor de que alguien conociera el asunto del ingeniero americano y hubiera informado a las autoridades… Y ya sabes, los dólares son un poderoso incentivo para las confidencias e incluso para llegar a cometer traición.

—Sigue, te lo ruego —mandó la voz cuando Domenica se interrumpió.

—Nada, no era mi búsqueda la causa de la presencia de tanta policía. Después de mucha intranquilidad por mi parte, he visto cómo detenían a una mujer y se la llevaban arrestada. Entretanto, y mientras permanecía alejada sin osar moverme, mi avión ha despegado.

—¿Y?

—Los hombres son débiles frente a los encantos de una mujer; han bastado una sonrisa y una pregunta hecha con la mayor candidez para conocer el detalle. Tráfico de drogas por valor de muchos millones de dólares.

—¿Estás segura?

—Completamente, podemos estar tranquilos.

Tabis, pese a no dejar de estudiar la mente de Domenica no comprendía a qué conduciría aquella conversación, pero vislumbró

parte del proyecto de la joven cuando escuchó al hombre a quien informaba, decir:

—Querida, ¿no sería preferible contarme con más detalles todos los incidentes, frente a una buena mesa con caviar, langosta, vinos europeos, legítimo champán francés…?

—¿Debo entender que me invitas a cenar, Peter? —interrumpió ella con coquetería la interminable enumeración…

—Podemos aprovechar esta noche para celebrar la despedida, te llevaré a un restaurante estupendo, bailaremos…

—Acepto, Peter —interrumpió nuevamente—, te esperaré a las diez en el bar del hotel.

—No faltaré.

—Hasta luego, pues.

Al quedar cortada la comunicarán, Domenica se dirigió a Tabis y escuetamente le informó:

—Siente debilidad hacia mí. Durante la cena procuraré hacerle beber suficiente para que se le desate la lengua. ¿Dónde puedo comunicarme contigo?

—Estaré en mi habitación.

—No, nuestra conversación sería grabada y entregada a mis jefes; busca otro lugar.

—¿Ofrece seguridad la casa de la doctora Ferguson?

—¿Quién es, la rubia de tus amores?

—Sí.

—Que yo sepa no está vigilada porque no eras tú quien nos interesaba. Iré allí, dame las señas.

Han pasado muchas horas desde que Tabis y Domenica se separaron en el aeropuerto. El reloj del salón marcaba cerca de las cuatro de la madrugada y el atlante no cesaba de pasear a largos pasos, mirando incesantemente el transcurrir de los minutos que parecían no tener fin.

—¿Quieres café, Tabis?

—Gracias, Esther, pero no me apetece.

—A mí sí, prepárame una buena dosis muy cargada antes de que me quede dormido como un lirón —dijo el hombre sentado cómodamente, con los ojos cerrados, junto a la doctora Ferguson en un sofá.

En el preciso instante de levantarse Esther para ir a preparar la bebida demandada, el zumbador indicó que alguien llamaba.

El hombre aparentemente dormido de un salto se colocó junto a la puerta y en su mano apareció una pistola de grueso calibre. Se había situado de tal forma que al abrir quedaba oculto, e hizo un

gesto para que dieran entrada al visitante.

Tabis abrió precavidamente y frente a él apareció la bellísima Domenica ataviada con un escotado y elegante traje de noche color malva. Sin pronunciar palabra de salutación previa, entró en el salón y ella misma cerró la puerta descubriendo, entonces, al hombre escondido y que la encañonaba.

—Es Domenica, Powell; puedes guardar el arma.

El ayudante de Cario, miembro del Servicio de Inteligencia, introdujo la pistola en la funda sobaquera y lentamente volvió a ocupar su asiento anterior.

—¿Has conseguido averiguar el paradero de Cario? —preguntó ansiosamente Tabis ante el consiguiente interés de Esther y Powell.

—En parte. Únicamente es el jefe quien conoce el lugar exacto donde tienen cautivo a Cario en espera de llevarlo a Europa. Peter sólo sabe que lo han sacado del país y que ahora se encuentra en un lugar apartado, lejos de toda comunidad, en la vecina república de Méjico. La búsqueda se presenta muy difícil y si la providencia no nos ayuda, no veo posibilidad de llegar a tiempo para impedir el traslado. ¿Qué podemos hacer, Tabis? —demandó suplicante.

—Actuar de inmediato. Powell, tú tienes autoridad, prepara nuestra partida cuanto antes.

—Primero hemos de efectuar un programa de operaciones, ¿qué os parece si…?

Y seguidamente, expuso a los reunidos el proyecto que se había formado. Al merecer la unánime aprobación, su dinamismo no tuvo paragón. Las llamadas por teléfono y televideo fueron continuas y a las tres horas de incesante trabajo y de un continuo ir y venir por parte de los ayudantes especializados del Servicio, todo estaba formalizado para la inmediata partida.

***

En el interior del bar, donde al fondo un mariache interpretaba canciones típicas del país, que cuidaba de mantener vivas las antiguas tradiciones folklóricas a fin de obtener un saneado ingreso de divisas proporcionado por los turistas americanos, tres personas, dos hombres y una mujer, sentados alrededor de una mesa circular tomaban sendos refrescos para aliviar la sed provocada por el calor asfixiante del clima. Hacía dos días que habían llegado a Méjico, capital, visitando la mayor parte de los hoteles, bares, establecimientos, estaciones de autobuses, de ferrocarril y todos aquellos lugares donde creían poder hallar una pista, empeñados en una búsqueda hasta el momento infructuosa.

El hombre más alto, de proporciones gigantescas y que llamaba la atención a causa de su aspecto fuera de lo corriente, tras un sorbo del contenido de su vaso, dijo a sus compañeros por lo bajo:

—Aquel chiquillo, sentado junto a un hombre en la mesa cercana a la ventana, está hablando de mí.

—Será por la curiosidad que despiertas —contestó la mujer.

—No, está convencido de haberme visto antes.

—Le causarás expectación; un tipo como el tuyo no se contempla todos los días.

—Tengo la seguridad de que me confunde con Cario.

Tan pronto como Tabis hizo esta afirmación, Powell se levantó de la silla y se acercó al hombre que estaba hablando con el muchacho.

—Perdone, señor —dijo en perfecto español—, mi amigo sufre frecuentes ataques de amnesia; tuvo uno hace unas semanas y cuando se ha recobrado, incomprensiblemente, ha llamado a su esposa desde Méjico. Ahora está empeñado en saber cuánto le ha sucedido durante los días que ha permanecido obrando inconscientemente, y como, al parecer, el muchacho lo ha visto en otra ocasión desearía formularle algunas preguntas. ¿Me autoriza a ello?

—Siento lo de su amigo, si parece gozar de tanta salud…; y su mujer qué guapa ¿verdad? ¡Cómo sufrirá la pobrecita!

—Sí, sí, pero ¿lo ha reconocido el chico?

—Verá, señor, he venido a la capital a la visita de un médico del estómago y me he traído a mi hijo… Pero siéntese, no esté de pie.

—Perdone, pero…

—Tenga paciencia, amigo; el mundo no se hizo en un solo día. Como le decía, nosotros no somos de la capital, yo tengo una pequeña plantación cerquita de Pachuca y durante las vacaciones del colegio me llevo al chico —continuó el mejicano con su parsimonia— para que se vaya haciendo un hombre. El martes de la semana pasada…

—El miércoles, papá.

—Tanto da, todos los días son iguales. Pues, como iba diciendo, el miércoles de la semana pasada, mi chico, que en vez de ayudarme en las faenas de la recolección siempre está correteando por todas partes con unos prismáticos, regalo de mi hermano, me contó que había visto a un avión…

—Era un helicóptero, papá —corrigió por segunda vez el avispado muchacho, ante la creciente ansiedad de Powell.

Qué más da, los dos andan por el aire; pues vio aterrizar un

helicóptero en la residencia de los Mendoza y cómo bajaban a un hombre en una camilla. Mi hijo dice que el enfermo era su amigo.

—¿Estás seguro?

—Mis prismáticos son muy buenos, señor, le vi perfectamente la cara y era el hombre sentado con aquella señora —dijo señalando con el índice a Domenica y Tabis.

Por fin, inesperadamente, había descubierto una buena pista. Powell, con suma sagacidad, fue interrogando al padre e hijo hasta grabar en su cerebro un plano detallado del lugar donde estaba enclavada la finca de recreo de los Mendoza, lugar probable del escondite de los captores de Cario y donde permanecerían en espera de llevarlo a Europa, caso, de no haberlo hecho ya.

—Su información nos ha sido muy valiosa, ¿me permite recompensar a su hijo?

—No es necesario, señor, ha sido un placer poder ayudar a su amigo.

Pese a la negativa, Powell sacó diez dólares y los entregó al niño.

—Toma, pequeño, cómprate un juguete.

—Gracias, señor.

***

El hombre sentado a la sombra del pórtico de la fastuosa casa campestre construida al estilo ochocentista español, al aproximarse el automóvil a la casa continuó balanceándose apático en la mecedora, mientras en una mano sostenía un vaso de licor ambarino y varios trocitos de hielo y con la otra se abanicaba. Después de dirigir una fugaz e inquisidora mirada a las ventanas de la casa, aguardó a que el coche se detuviera.

Al quedar parado frente a la mansión donde el hombre aguardaba, descendieron un hombre muy alto, encorvado, con barba gris y ataviado con un impecable traje blanco y tocado de un sombrero de ala corta. Después, lo hizo una atrayente mujer morena y por último un rubio conductor de largas melenas, crecido bigote y un cigarrillo colgando de las comisuras de los labios.

—Esto es una finca particular, señores. ¿Acaso no han visto el cartel de «paso prohibido»? —preguntó en español, con un continuo abaniqueo y sin haber dejado de mecerse.

—Diga al doctor Chultz que Domenica Perroni ha de hablar con él —contestó el conductor del auto en el mismo idioma.

—Aquí no vive ningún médico; les habrán informado mal.

El personaje ataviado con el traje blanco, sin mover casi los

labios, tomó parte en la conversación para decir en inglés:

—Vaya a cumplir la orden inmediatamente, ya sabe a quién buscamos.

—¡Oiga, amigo, aquí el único que da órdenes soy yo! Estoy en mi casa y no voy a tolerar su impertinencia, por tanto, largo de mi finca —contestó también en inglés.

—Me parece bien su prudencia, pero vaya a decir al profesor que Domenica trae instrucciones; él la conoce personalmente.

—Y yo repito que aquí no vive el tipo ése.

—Entonces, con su permiso, vamos a entrar en la casa.

El ocupante de la señorial mansión, que no había dejado de mostrarse indolente, obró con celeridad, se levantó velozmente e introdujo la mano en el bolsillo del pantalón. Pero, antes de que tuviera tiempo de sacar el arma oculta, el hombre vestido elegantemente de blanco de un prodigioso salto, impropio de su edad, pasó por encima de la valla y le asestó un demoledor puñetazo en el rostro a la par que le asía el brazo cual tenaza de duro acero.

—No cometa imprudencias; detrás de la ventana hay el cañón de una arma asomándose peligrosamente. Si se produce cualquier percance se le hará responsable a usted. Ahora, entre y diga al profesor Chultz que identifique a la joven si todavía no lo ha hecho.

Después, lo soltó y dándole deliberadamente la espalda bajó los tres peldaños de ascensión al pórtico y se situó junto a sus dos compañeros.

A los pocos momentos, se abrió la puerta y un individuo con mangas de camisa se hizo a un lado e invitó:

—Pueden pasar.

Entraron pausadamente al interior del espacioso salón y miraron a su derredor. Amplios sofás y confortables butacones estaban distribuidos con sumo gusto adosados de las paredes. En el centro, una mesa todavía contenía los restos de una comida. De pie, esperando, se encontraba el profesor Chultz que estrechó efusivamente la mano de la joven mientras pedía disculpas.

—Perdona, Domenica, pero las precauciones son pocas, además, no nos han informado de tu venida.

Fue el rubio conductor, quien después de tirar la colilla del cigarro, habló:

—Ni lo harán, doctor, los americanos tienen interceptadas todas nuestras comunicaciones y las claves, mediante un simple cerebro electrónico, son descifradas en contados segundos. Es más seguro transmitir mensajes personalmente.

—Hemos venido a llevarnos al profesor Cario.

—Sí, pero…

—¿Tiene dudas acerca de mí doctor? —dijo sonriente Domenica — nos conocemos desde hace varios años y hay detalles en nuestras vidas conocidos solamente por usted y yo. Pregunte y se convencerá de que realmente soy Domenica Perroni.

—Hay medios suficientes para suplantar la personalidad de cualquiera y con un buen lavado de cerebro se obtienen todos los informes que se precisen —terció el joven que les diera acceso con la mano introducida en el abultado bolsillo del pantalón.

Domenica se sentó, se quitó el zapato izquierdo y mostró la planta del pie levantando la bien torneada pierna.

—Doctor, ¿cree, sinceramente, que esto también puede imitarse?

El aludido se acercó y miró detenidamente la pequeña peca que la joven le mostraba. Aunque se hubiera intentado una suplantación, tan ínfimo detalle forzosamente hubiera pasado desapercibido y casi imposible de imitar. Además, ¿cómo hubieran podido saber el emplazamiento del lugar dónde estaban? Sin duda alguna, la joven era la verdadera Domenica, agente del servicio de espionaje de la Comunidad de Estados de Europa.

—Perdona, hija —se disculpó nuevamente el profesor—, pero hemos de tomar todas las medidas de seguridad.

—Es usted un hombre muy sagaz para ser un científico, permítame expresarle mi admiración.

—Gracias, señor…

—Iverland, doctor en medicina Iverland. Mi misión es cuidar de la salud del ingeniero Cario en su viaje a París.

—¿Puedo preguntar cómo se efectuará el traslado?

—Del modo más simple y que infundirá menos sospechas, en un reactor comercial.

—Pero el ingeniero…

—No se preocupe, ya cuidaré de que no pronuncie palabra.

—¿Narcotizado?

—De ninguna manera, estará auténticamente imposibilitado. ¿Pueden traerlo aquí?

El profesor Chultz hizo un gesto afirmativo con la cabeza e inmediatamente el agente que fuera golpeado subió a las habitaciones superiores y tras breves minutos apareció seguido de Cario y del guardia de turno.

—Profesor Chultz, ¿sabe quién era Sinué?

—No.

—Es el protagonista de una novela titulada «Sinué el Egipcio» de

Mika Waltari —aclaró uno de los agentes europeos sin comprender el giro de la conversación.

—En efecto —continuó Tabis—, basada en los conocimientos médicos del legendario Egipto. Le parecerá increíble, pero en aquellos tiempos remotos había algunos médicos con un dominio completo del sistema nervioso central del hombre y que únicamente se transmitían de padres a hijos de igual profesión. Cuando a algún rico paciente le aquejaban fuertes dolores, le provocaban una parálisis y le dejaban insensible calmándole, claro está, él padecimiento. ¿Tiene la bondad de sentarse, doctor Chultz?

El aludido se sentó siguiendo la indicación del atildado médico y no puso reparo cuando sintió sobre la nuca unos finos dedos que parecían acariciarlo. De pronto, una presión y quedó inmovilizado.

—Vea, profesor, ahora está bajo los efectos de una de las curas de que le estoy hablando: físicamente no siente nada, no obstante, ve, ove y entiende perfectamente…, pero no puede moverse, inténtelo.

Efectivamente, el profesor Chultz estaba completamente paralizado.

—Así es cómo nos llevaremos al ingeniero Cario.

Mas, al captar el pensamiento del atlante cautivo, añadió:

—Para hacer más sensacional el acto y darle el cariz de un poder recibido de los dioses, en el antiguo Egipto se añadía una invocación que aproximadamente decía así: Cario —dijo ahora en su propia lengua y sin mirarlo siquiera— conténte y no cometas imprudencias; antes de que puedas derribarlos a todos habrán disparado sobre ti. Tranquilízate, pronto recobrarás la libertad.

Después, presionó de nuevo la nuca del inmóvil profesor y le devolvió las facultades corporales ante la estupefacción de todos los presentes, amigos y enemigos.

—Es fantástico, doctor Iverland, creí que nos estaba contando una fábula, ¿cómo lo ha conseguido?

—Es un secreto profesional que data de muchos milenios atrás y sólo se enseña de padres a hijos —contestó ambiguamente.

De todos los presentes, únicamente un hombre conocía el método, Cario, que no salía de su asombro al observar a Tabis transformado en un hombre de mediana edad, encorvado y con cabellos y barba grises.

Tras la reciente demostración del falso doctor Iverland la ocasión para proseguir con el intento de liberación de Cario era el más propicio y Domenica, aprovechando el ligero desconcierto de todos, dijo:

—El tiempo urge; utilizaremos el helicóptero de ustedes y partiremos de inmediato. ¿Quieren prepararlo?

Tabis captó en las ondas cerebrales de Cario el mensaje que le transmitía y añadió a la indicación de Domenica:

—Profesor Chultz, usted nos acompañará. Viajará con nosotros sin mostrar conocernos, yo iré a su lado y únicamente seré un compañero de viaje: El profesor Cario y Domenica son un matrimonio y yo el médico que asiste al paciente. Naturalmente, excepto usted, usaremos pasaportes falsos, ¿comprendido?

—¿Y cuál va a ser nuestra misión? —preguntó uno de los tres raptores de Cario.

—Ustedes ya han terminado satisfactoriamente la parte del trabajo encomendado. Deberán permanecer una semana en Méjico y luego regresarán a Europa utilizando aviones diferentes; aquí hay dinero suficiente —contestó Tabis depositando sobre la mesa un grueso fajo de billetes sacado del bolsillo de su impecable americana—; y recuerden, nada de comunicaciones con la embajada, ya saben que están intervenidas por los agentes de seguridad americanos.

El helicóptero pilotado por Powell se elevó y emprendió rumbo hacia el este. Al comprender que ya no podía ser observado por los agentes europeos, cambió la ruta en dirección a los Estados Unidos de América una vez concluida la misión lograda tan fácilmente gracias a la intervención de aquella joven enamorada del hombre en cuya captura contribuyó.

—¿Qué tal sienta el viaje al matrimonio por mí formado? —preguntó Tabis sentando junto al profesor Chultz, a la pareja que ocupaba los asientos posteriores.

—Si ella acepta, tan pronto lleguemos a tierra podemos dejar de ser un matrimonio de mentirilla y convertirlo en realidad.

—Cario, te lo ruego, no te burles —dijo suplicante Domenica.

—Jamás he hablado con tanta sinceridad; si no tienes marido y aceptas, te haré mi esposa.

—¡Cario, pero si hasta hace unos pocos minutos no la habías visto nunca! —exclamó Tabis con la intención que Domenica comprendió de inmediato, de desligarla de la antigua personalidad de Gloria Duval—; ¿no te parece que vas demasiado aprisa?

—No tanto como tú con Esther —contestó rápidamente.

—Pero, ¿se conocen ustedes? —preguntó extrañado el doctor Chultz al observar la camaradería con que se hablaban el raptor y el raptado.

—Desde hace miles de años, ¿verdad, Cario?

—Verdad —contestó con una enigmática sonrisa.

—Domenica, qué significa…

—Sencillamente, profesor, que hemos rescatado al ingeniero. Nosotros no pertenecemos a su bando.

—¡Domenica, has traicionado a tu patria! —gritó enfurecido el científico tras las aclaraciones de Tabis.

—No, doctor, ustedes han cometido una equivocación al juzgar las experiencias del ingeniero Cario. Como prueba de su error, le ofrecemos a que colabore con él.

—¡Yo jamás seré un renegado!

—Ha interpretado mal las palabras de mi amigo, profesor —dijo Cario—, usted es un excelente científico y como a tal le invito a visitar mis instalaciones y ver cuáles son los trabajos que realizamos; incluso, si después lo desea, a unirse a nuestro grupo pero siempre por su propia voluntad; si no acepta, al aterrizar quedará libre para hacer cuanto le venga en gana, no vamos a retenerlo por la fuerza, tiene mi promesa formal.

—¿Me dejará visitar libremente sus instalaciones secretas? —preguntó todavía más extrañado el diminuto hombre de ciencia pasada la momentánea ira.

—Eso he dicho. Podrá hacerlo cuando le apetezca y marcharse, también, cuando quiera.

El profesor Chultz estuvo un rato meditando, y al fin, vencido por la curiosidad de todo científico para estudiar los experimentos de otro al que consideraba de igual saber, contestó:

—En tales condiciones, acepto.

El propósito de Cario había tenido éxito. Tal vez, en un futuro próximo, todos los habitantes de la Tierra tuvieran que unirse para hacer frente a una amenaza común, y, por el momento, ya había conseguido interesar a un importante factor de otro poderoso continente.

CAPÍTULO IX

El rapto de Cario fue la pesa que acabó de inclinar la balanza a su favor. ¿Acaso, meditó el ministro, de tratarse de dos visionarios otra potencia se hubiera atrevido a desafiarlos sacando a uno de ellos del país?

La primera medida adoptada fue subsanar el grave error cometido por el superintendente Douglas e inmediatamente fue requerido para que evitara la repetición del frustrado intento de secuestro. Para ello se valió de un método sencillo y a la par disimulado, pues ningún espectador casual hubiera sospechado que los trabajadores encargados en reparar el asfalto de la carretera y los jardineros al cuidado del césped lindante al laboratorio eran agentes de la policía federal con la misión determinada de vigilar estrechamente y cuidar de la seguridad de los dos jóvenes atlantes.

Entretanto, ¿qué ocurría en el interior del laboratorio?

—La emisora está terminada, general —explicaba Cario al alto dignatario— vamos a intentar establecer comunicación con Juko. Cuando quieras, Tabis.

El llamado, presa de viva agitación, se acercó al tablero de control, se sentó en el taburete y habló frente a los complicados mecanismos de la emisora desprovistos de todo parecido con las usadas por los terrestres:

—Tabis llamando a Juko… Tabis llamando a Juko…

El silencio era impresionante.

Hasta después de pasado un buen rato, los asistentes a la reunión, compuesta únicamente por los ayudantes de Cario, el general jefe del Departamento de Defensa Continental, y el doctor Chultz, guardador hermético del secreto compartido, y totalmente ganado a la causa para la defensa de la Tierra, no escucharon la voz gutural que, pareciendo salir de todo el ámbito de la habitación, respondía:

—Escuchada tu emisión, voy a comunicarlo al general Juko.

Aunque los asistentes no comprendían la conversación estaban

vivamente impresionados. Por primera vez en la historia de la humanidad se había establecido contacto con seres extraterrestres. Poco después, con igual agitación, oyeron otra voz con tonalidad semejante a la primera.

—¡Por fin, Tabis creí que no lo conseguirías vista vuestra tardanza!

—Los sistemas de transmisión empleados por los habitantes del U.P.H. son muy diferentes a los vuestros. ¿Qué noticias tienes acerca de la pretendida invasión por parte de tu pueblo?

—Las últimas informaciones son escalofriantes. Ya no se pretende atacaros por medio de una guerra en la que, a largo plazo, saldríais vencedores por la multitud de habitantes de vuestro planeta y los medios defensivos que poseéis… el propósito es más terrible, más inhumano; un centenar de nuestras naves recibirá la orden de esparcir en las poblaciones más habitadas los gérmenes de una mortal enfermedad altamente contagiosa. Cuidaréis de hacer la propagación vosotros mismos y a los cinco días de su incubación aparecerá la epidemia que asolará por completo vuestro planeta, y después, cuando sólo sea un gran osario, los pocos que hayan podido sobrevivir, de quedar alguien con vida, serán aniquilados por nuestros ejércitos de ocupación.

Algo gravísimo debía de estar diciendo aquella voz, porque los asistentes observaron la súbita palidez marfileña del rostro de Tabis y el convulsivo cerrar de puños de Cario.

—¿Cuándo ocurrirá?

—Pueden tardar meses o años, pero será tan pronto como se haya logrado aclimatar los cultivos de bacterias a vuestro medio ambiente. Por desgracia, se está trabajando intensamente para conseguirlo cuanto antes.

—Yo soy médico, ¿no existen tratamientos adecuados para prevenir o curar la epidemia que anuncias?

—Posiblemente los haya; pero las pruebas se realizan tan secretamente que a mis informadores les ha sido imposible averiguar la clase de gérmenes que preparan. Lo siento, Tabis, es cuánto puedo decirte.

—¿Así, pues, no hay posibilidad de evitar la hecatombe?

—Habría una si yo contara con gente suficiente: derribar el poder. Es inconcebible la locura, la absurda ambición de nuestro actual gobierno, lo sé, no puede destruirse tan impunemente a una civilización, matar a millones de seres inocentes, a quitar todo vestigio de vida animal en un planeta, movidos por las apetencia de realizar una descomunal gesta que ha de pasar a la posteridad de

nuestro pueblo como un horrendo crimen…, para darse cuenta, cuando ya sea demasiado tarde, de que no podemos adaptarnos tan fácilmente a las condiciones de vida de vuestro mundo.

—Yo puedo proporcionarte cuantos hombres poderosamente armados necesites, a todo un ejército…

—¿Cómo los transportaremos? Únicamente poseo una nave, la que capturamos en nuestra huida de las minas, con capacidad para ocho tripulantes. ¿Cuántos años tardaríamos en traerlos a todos? Además, yo estoy refugiado en un ignoto peñasco flotante que no tiene más de trescientos metros de diámetros y donde las condiciones de vida son en extremo difíciles aún para nosotros. Es imposible, tu idea no puede llevarse a cabo.

—Tenemos a nuestro favor el factor sorpresa; quizá no serían necesarios tantos hombres para intentarlo.

—Con una nave y ocho asaltantes como máximo, ¿cuánto tiempo tardaríamos en ser aniquilados?

—General esta fuerza sería el inicio, con ella podríamos conseguir más naves, hombres y armas.

—¿Cómo?

—En las minas del planeta.

—Déjame pensarlo, ya me comunicaré contigo cuando haya tomado una decisión.

—Recuerda cuan fácil nos fue vencerlos cuando huíamos. Entre los prisioneros encontraremos a gentes dispuestas a ayudarnos a cambio del perdón de sus condenas —insistió Tabis viendo en ello la única probabilidad de salvación ya no para él y sus amigos, sino para toda la humanidad.

—Tu plan es arriesgado…; sí, muy arriesgado, pero hay una posibilidad remota de que nos salga bien. Lo meditaré y si no encuentro otro mejor ¿qué importa precipitar nuestra muerte?

—Si te decides, yo te procuraré los primeros hombres equipados con armas más destructivas que las empleadas por tu pueblo.

—Hemos de actuar de una forma u otra, dame tiempo y ya te haré saber a la conclusión que he llegado.

El ligero chasquido dio a entender que la comunicación con aquel ser extraterrestre había sido cortada.

***

Desde las tres de la tarde el camión y el jeep del ejército estaban estacionados en las tierras del granjero Mutt cerca de la ciudad de Paducah. Hacía varias horas que había anochecido y el grupo de hombres paseaba, con manifiesto nerviosismo, sin apartarse

demasiado de los dos vehículos.

En el interior del jeep, y en el asiento posterior, dos personas están en animada conversación, mientras otro, con uniforme de general, en el exterior no cesa de dirigir la mirada con sus potentes prismáticos al estrellado cielo.

—Señor Tabis, no quiero tener cargos de conciencia y he preferido creer la historia de ese ser extraterrestre que ha de venir en su busca con el altruista intento de salvarnos a todos, le he proporcionado a cuatro de los mejores comandos a quienes he puesto personalmente en antecedentes de la aventura que van a correr con riesgo de sus vidas, y, además, me he visto precisado a ponerlo en conocimiento del Presidente de la República… confío que no haya sido fruto de su imaginación la pretendida invasión a la Tierra, pues una burla semejante no se la toleraría.

—¡Ojalá fuera una burla mía, señor ministro! Por desgracia es una triste realidad y pronto se convencerá: la nave del general Juko no tardará en llegar.

—¿Y aterrizará, precisamente, en este lugar? —preguntó dudoso.

—Las registradoras de vuelo de la astronave grabaron nuestro primer viaje, conectando el correspondiente circuito y el piloto automático la hará aterrizar exactamente en el mismo sitio que lo hiciera anteriormente.

—Daría mi vida para que todo fuera una pesadilla.

—Y yo también.

No habría transcurrido más de media hora, cuando el general, excitadísimo, introdujo la cabeza en la ventanilla del coche y dio la noticia a su jefe:

—¡Señor ministro, un objeto volador sumamente luminoso se acerca a nosotros.

Realmente, poco después, en el firmamento ya se veía a simple vista un cuerpo centelleante aproximándose con inaudita velocidad.

Los integrantes del reducido grupo escogido para la expedición allende la Tierra también vieron el ingenio volador y movidos por un mismo pensamiento, fruto del concienzudo entrenamiento, penetraron en el camión para descender rápidamente provistos de la más moderna y destructora arma que se poseía: voluminosas pistolas productoras de rayos láser.

Pasados escasos minutos, con unánime estupefacción, contemplaron cómo se posaba en tierra una nave espacial extraterrestre de la misma contextura a las vistas por otras personas en el transcurso de las dos anteriores décadas y que por considerar

inadmisibles sus manifestaciones no fueron creídas.

Al abrirse silenciosamente la escotilla, Tabis y Cario se aproximaron a la conocida cosmonave y sin titubear penetraron en el iluminado interior para saludar al antiguo compañero de condena.

—General Juko, nos alegra volver a verte.

—Y a mí también, amigos terrestres.

Sentado frente a los múltiples controles de la nave había otro hombre-pez, que, giraba la cabeza en dirección a ellos, no dejaba de mirar expectante a los dos visitantes. Por primera vez veía a dos humanos al natural. Con un ademán, Juko lo señaló e hizo la simple presentación:

—Es el comandante Jor, mi ayudante, un perseguido como yo por sustentar las mismas ideas.

El lógico miedo experimentado por los humanos al ver aterrizar el ingenio espacial fue disipándose progresivamente y se acercaron curiosos a la abierta escotilla para atisbar el interior de la nave.

—¿Quieres pisar nuestro planeta, Juko? —preguntó Tabis.

—Sí, me gustaría aunque fuera un instante.

Cuando el general Juko estuvo en presencia del ministro de Defensa, al contemplar éste frente a sí aquel rostro desprovisto de nariz, sin pabellones auditivos y con el cráneo desprovisto de pelo y protegido simplemente por un grueso y rugoso tejido epitelial, recordando la descripción hecha por los atlantes de aquellos seres murmuró, con manifiesto estupor:

—¡Dios mío, era verdad!

—Es el general Juko, de quien ya le hablé.

—Hágale saber que, si salen triunfantes de esta arriesgada expedición, le deberemos eterno agradecimiento y que cuantas veces quiera visitarnos será recibido con los máximos honores y cordialidad.

Tabis, tras indicar la alta personalidad del ministro, tradujo las palabras de agradecimiento a Juko, quien hizo una mueca que pretendía ser una amistosa sonrisa.

Luego de abastecerse de nutrido armamento y víveres suficientes para el viaje y la estancia de los humanos en la misión que pronto emprenderían, los comandos facilitados por el Departamento de Defensa tomaron sus puestos, circunstancia hasta entonces factible únicamente a los cosmonautas del ejército entrenados previamente en centros de adaptación. Seguidamente, la astronave despegó para lanzarse rauda hacia el cielo con destellos azules que pasaron después al color carmesí.

El ministro no dejó de observarla y al perderla definitivamente de vista, tal vez recordando su pasada juventud en la que ambicionó ser pastor evangelista, musitó una improvisada oración de agradecimiento.

—Gracias te doy, Señor, por haberme hecho creer cuanto contaron esos jóvenes supervivientes de otra era, y por tu divina misericordia de conservarlos con vida tras el hundimiento de su pueblo en las aguas del océano para preservarlos, con tu providencia, para la salvación de la humanidad tan querida por Ti.

Capítulo X

Tan pronto la cosmonave pilotada por Juko estuvo fuera de la atmósfera terrestre, se aplicó a los motores toda la potencia que la energía nuclear podía desarrollar. Durante el prolongado viaje, los hombres-pez, conocedores de su pueblo y militares de profesión, estudiaron el modo de iniciar el pretendido golpe de estado capaz de derrocar el poder del actual gobierno del mundo de los asteroides. Todos los tripulantes sabían que la aventura emprendida era un intento suicida y con muy pocas probabilidades de tener éxito, razón por la cual cada acción debería ser examinada al mínimo detalle.

Pese al duro entrenamiento a que eran sometidos los hombres destinados al seleccionado grupo de comandos eran éstos, precisamente, quienes se mostraban más ansiosos de acabar con el interminable viaje por el espacio y entrar en acción.

Por fin se templaron los nervios, cuando, allí a lo lejos, divisaron el planeta Marte, meta de su primera etapa.

—Tabis, dentro de poco seremos detectados, indica a tus hombres la necesidad que guarden el más absoluto silencio, pues, sus conversaciones, extrañas para nosotros, pondrían a la base de Deimos en una alarma inmediata.

La observación de Juko había sido hecha en el instante preciso, porque minutos después en el interior de la nave sonó una voz inquiriendo:

—Detectado vuestro vuelo, indicad la correspondiente identificación.

Juko sabía que de no recibir contestación, de la base de Deimos despegarían inmediatamente varias naves espaciales con el fin de destruirlos como se venía haciendo con todas las cápsulas y satélites de observación lanzados desde la Tierra.

—Nave treinta al mando del comandante Lesta —contestó Jor, cuidando de indicar el número asignado a la del auténtico piloto cuya personalidad se atribuía.

—Adelante, ¿vuestro destino?

—Entrevista con el coronel Mosa ordenada por el mando.

—Se lo participaremos de inmediato.

—De acuerdo. Continuamos ruta.

Seguidamente, los tripulantes de la cosmonave iniciaron los preparativos para el primer asalto, y ya vestidos con los correspondientes trajes espaciales revisaron por milésima vez el perfecto funcionamiento del armamento, dispuestos para entrar en inmediata acción.

La nave, pilotada ahora, por el comandante Jor, fue perdiendo paulatina velocidad y descendió verticalmente frente a las edificaciones que albergaban el puesto de mando del coronel Mosa. Tan pronto como se posó en el suelo y se abrió la escotilla, los comandos terrestres saltaron al exterior y dispararon los mortíferos rayos láser sobre los hombres-pez que se acercaban incautamente.

Luego, y con la rapidez que les permitía la escasa gravedad del satélite, encabezados por el general Juko penetraron en el primer edificio y se separaron en dos grupos. Cario, seguido de dos de los terrestres, se encaminó sin vacilación hacia un pasadizo lateral, a fin de cumplir la parte del asalto que tenía asignada, y abrió súbitamente una puerta penetrando en la sala centro de comunicaciones. Los humanoides fueron atrapados y el primero de los cinco operarios, que abrió la boca para emitir un grito de horror ante la presencia de aquellos seres, quedó fulminado al recibir el haz altamente calorífico de la descarga de la pistola de Cario, quien, sin dejar de encañonar a los demás, se acercó a la emisora y cerró los circuitos de transmisión.

Si mayúsculo fue el estupor de los hombres-pez al ser sorprendidos por criaturas procedentes de otra parte de su mundo, todavía aumentó cuando uno de ellos habló en su propio idioma:

—Levantaos y poneos cara a la pared; al primero que se mueva o hable voy a matarlo.

Reflejando en sus rostros el temor, se apresuraron a cumplir la tajante orden dada por aquel monstruo. Con la misma seguridad, Cario colocó en su posición inicial los controles de la emisora, mientras uno de los comandos vigilaba a los hombres-pez y el otro permanecía atisbando en la puerta a fin de no ser igualmente sorprendidos.

Entretanto, Juko y la pequeña tropa formada por Tabis y los otros dos terrestres se encaminaron hacia el principal objetivo. Al faltar pocos metros para llegar, salió del despacho un humanoide con el uniforme y las insignias de capitán. Quedó

momentáneamente atónito al ver el rostro de los tres invasores y cuando quiso reaccionar fue demasiado tarde: recibió la descarga del rayo láser en mitad del pecho y cayó desplomado en el acto. Tabis, recordando las muertes violentas de Isión y Sparos, no tenía misericordia.

Juko pasó apresuradamente por encima del cadáver y penetró decididamente en el despacho.

Si extraordinaria fue la sorpresa de los hombres-pez de la base de Deimos al ver a los terrestres, no lo fue menor la del coronel Mosa al encontrarse frente a quien suponía muerto desde hacía muchos meses.

—¡General Juko!

Pausadamente, el aludido se despojó del videoscafo y lo depositó sobre la mesa, sabedor que Tabis apuntaba con su mortífera y silenciosa arma al coronel y al desconocido humanoide que estaba junto a él, mientras los otros dos terrestres montaban la consabida guardia en cumplimiento de las instrucciones previamente recibidas.

—Celebro que me recuerdes, coronel; pues he venido expresamente para conversar contigo.

—Al fin has comprendido tu error y vienes a entregarte, ¿verdad? —preguntó con manifiesta altanería.

—Te equivocas, Mosa, he venido a ocupar la base.

—No he recibido instrucciones sobre el particular. Supongo que traerás la correspondiente orden de entrega.

—De seguro habrás reconocido al humano que también se evadió de las minas, fíjate bien, la tiene en la mano. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—Estás loco, Juko, no sé cuáles son tus proyectos, pero te aseguro que no podrás salirte con la tuya.

—El tiempo lo dirá. Por de pronto estás en mi poder y vas a contestarme a unas preguntas: ¿dónde se realizan los experimentos con los cultivos de las bacterias destinadas a poner fin a la vida del U.P.H.?

La pregunta sorprendió al coronel, pues no suponía enterado a Juko de la clase de invasión proyectada por el gobierno. No obstante, tuvo entereza suficiente para contestar:

—No sé de qué me hablas.

Pero no contaba con las facultades telepáticas de Tabis, quien, durante la conversación, también se había despojado de la escafandra y le escudriñaba la mente.

—Sí, lo sabes, Mosa; conoces el plan criminal de quitar todo

vestigio de vida en mi planeta y además el emplazamiento del laboratorio donde se llevan a cabo las pruebas de aclimatación de los gérmenes que han de provocar la epidemia. Te conviene, por tu bien, contestar al general.

—Te repito, Juko, que ignoro cuanto preguntas.

De súbito, el hombre-pez sentado frente al coronel Mosa se levantó del asiento y encarándose con el general intervino en la conversación.

—Yo te lo diré, soy el biólogo director del proyecto y sé que tu decidida oposición a invadir el planeta U.P.H. te llevó a la degradación y a la condena. Comparto tus ideas de la no violencia contra otros seres racionales, y por tal motivo he retrasado exprofeso el logro de la aclimatación. Precisamente, he sido llamado por el coronel, poco antes de tu llegada, a fin de rendirle el correspondiente informe acerca…

—¡Mal nacido! —estalló lleno de coraje el coronel.

La actuación de Tabis fue inmediata, avanzó unos pasos y con el puño de la mano zurda golpeó el rostro de Mosa, arrancándole materialmente del sillón en el cual todavía permanecía sentado.

—Si vuelves a pronunciar otra palabra, te aseguro que será la última.

—Continúa, te lo suplico —rogó Juko al biólogo.

—Aparte de mis sentimientos personales, estoy convencido que la atmósfera del U.P.H. por ser más pobre en oxígeno y más rica en vapor de agua que la de los asteroides influiría en el desarrollo normal de nuestro metabolismo y perjudicaría ostensiblemente las vidas de quienes hubieran de vivir allí.

—Tu opinión es compartida por otros científicos según pude comprobar de los informes emitidos cuando todavía formaba parte del gobierno. Precisa, por tanto, destruir el laboratorio donde estáis trabajando. ¿Tus ayudantes tienen tus mismos ideales?

—Creo que sí, pues les he observado mucha incompetencia en hacer tal trabajo y patente falta de interés en realizarlo.

—¿Dónde está emplazado el laboratorio?

—A fin de evitar una imprevista contaminación en alguno de nuestros pueblos, el laboratorio se montó lo más lejos posible. El lugar elegido fue la sección R.18 del planeta.

—Voy a destruir las instalaciones.

Inmediatamente, el general Juko se acercó a uno de los paneles de controles y accionó el pulsador de los intercomunicadores.

—Atención todos los servidores de la base del satélite Uno. Permaneced en vuestros puestos hasta nuevo aviso y no cometáis

ningún acto de violencia contra los humanos. Es una orden terminante. Cario, que tus hombres no disparen contra nadie…

Nuevamente Tabis captó el pensamiento del coronel Mosa, pues iba a dar desesperadamente la voz de alarma. Para evitar que lo hiciese le fulminó de una descarga.

—Aprovechando tu comunicación intentó prevenir a todos sus subordinados —siseó al general Juko.

Cerrado el circuito, contestó serenamente:

—Su último acto ha sido de mucha valentía. ¿Cómo te llamas? —preguntó acto seguido al biólogo.

—Tule.

—Bien, Tule, equípate para salir al exterior y sube a mi nave. Este humano te acompañará y cursará mis instrucciones al piloto: deberéis dirigiros al laboratorio, sacar a tus ayudantes y después destruirlo.

—En realidad, no me importa; pero permíteme hacerte una pregunta, general, ¿estamos en rebeldía contra el gobierno?

—Efectivamente, pero no te inquietes, si fracaso puedes acusarme de haberte obligado a secundarme con amenazas de muerte, todos los servidores de esta base podrán testimoniar a tu favor.

—No, general, me pongo abiertamente a tu lado, ya estoy cansado de obedecer tal insensatez contra mi voluntad. Tú eres un hombre extraordinario y colaboraré contigo hasta el final.

—Adelante, pues, no perdáis más tiempo.

Al penetrar Tule y Tabis en el laboratorio, los tres hombres-pez sentados frente a las transparentes cajas en las cuales se experimentaba con los mortíferos cultivos, miraron con manifiesta sorpresa al humano. Si bien sabían de su existencia en el planeta U.P.H., manifestaron en sus inamovibles ojos la consiguiente extrañeza.

—Hemos de abandonar los ensayos, este humano tiene la misión de destruir las instalaciones respetando nuestras vidas. Sus semejantes quieren la paz y han mandado a un grupo desde su lejano mundo para colaborar en la defensa de su supervivencia con otro grupo de nuestro pueblo de igual opinión. Equiparos inmediatamente, salid al exterior y dirigiros a la astronave que nos aguarda.

—Me alegro, Tule; me alegro de saber que mis conocimientos no servirán para fines tan horrendos. Por fin podré liberarme de los remordimientos que me atormentan desde el inicio de nuestro traslado a este maldito laboratorio… y me es indiferente que

denuncies mi modo de pensar a las autoridades —dijo valientemente uno de los ayudantes.

Tabis, sin dejar de observar a los biólogos, dirigió la mirada al completísimo laboratorio y sintió nostalgia de su pasado, que si bien se remontaba a miles de años en el transcurso del tiempo real para su vida sólo había sido de un lustro, evocando aquellas otras salas de experimentación, los condiscípulos, amigos y profesores del Centro de Estudios de la desaparecida y a la par desconocida Atlántida.

La instalación difería de las empleadas en sus estudios médicos, no obstante, pronto comprendió que las cajas transparentes dotadas en sus arcas de pequeñas pantallas microscopio, debían de ser las contenedoras de los gérmenes mortales. Un detalle común a ellas atrajo su atención, en todas, en la parte superior, había un tubo cuyo término era un productor de aire artificial, a no dudar, de la misma composición y temperatura semejante a la de la troposfera terrestre.

Tan pronto como Tule y los ayudantes abandonaron el recinto, Tabis apuntó la pistola hacia el productor y disparó. Al impacto del láser se produjo una pequeña explosión seguida de un continuo chispear de cegadores destellos. Había consumado la primera parte de su misión: la inyección de aire necesario a los cultivos había sido cortada. Después, salió corriendo y montó en la cosmonave en la cual los rescatados biólogos ya estaban acomodados.

—Puedes emprender el vuelo, Jor, pero procura pasar por encima del laboratorio; ha de ser totalmente asolado.

Mientras sobrevolaban, Tabis oprimió un pulsador encarnado en el ordenado tablero de instrumentos e inmediatamente se iluminó la pantalla sincronizada al cañón de la nave. Mediante los correspondientes mandos fue buscando el emplazamiento del laboratorio y tan pronto la imagen quedó reflejada en el retículo, apretó dos veces consecutivas el disparador. Instantáneamente se produjeron dos fuertes detonaciones, y a través del monitor de tiro observó cómo la instalación volaba por el aire completamente arrasada.

—Rumbo a Deimos, Jor. Sincroniza con el receptor de la Tierra.

Entre tanto el comandante cumplía las indicaciones de Tabis, Tule hizo la pregunta largamente deseoso de formular:

—Terrestre, ¿dónde aprendiste nuestro idioma?

—En las minas, allí conocí al general Juko y empecé a colaborar con él —contestó con toda franqueza Tabis, sabiendo que el biólogo estaba ganado a su causa.

—Cuando quieras puedes comunicarte con tu planeta —indicó Jor.

—Atención, Powell; atención, Powell…

—Gracias a Dios, muchacho, estamos sobre ascuas…

—Por ahora todo sale a la perfección. Nos hemos apoderado de la base de Deimos y acabo de demoler el laboratorio siniestro. Ya te tendré al corriente de cuanto ocurra. Ya sabes, si no recibes más información preparaos para la defensa, será la prueba de nuestro fracaso. Corto.

***

Tras concienzudo estudio de los expedientes de los condenados a trabajos en las factorías de Marte, Juko eligió a diez cautivos y ordenó el inmediato traslado a la base de Deimos. Ignorantes, en el planeta de cuanto había sucedido, cumplimentaron la indicación y una hora después estaban en presencia del general, quien les expuso llanamente cuál era su proyecto. Al finalizar les hizo la observación que creía era su deber.

—Si no logro triunfar, siete de vosotros podréis intentar la huida y refugiaros en el planeta U.P.H. con el comandante Jor; os puedo garantizar que allí seréis bien recibidos y puede que podáis vivir algunos años…; mas, si no lo conseguís, vuestra condena será convertida en pena de muerte. Si alguno no está conforme en prestarme su colaboración, comprenderé perfectamente sus razones. Pensadlo y hacedme saber individualmente cuál es la decisión adoptada.

—Yo no tengo que pensar nada; tu causa es noble y estoy contigo.

—Y yo.

Y así, sucesivamente, sin titubeo, los diez improvisados refuerzos dieron su asentimiento.

Las dos cosmonaves, pilotadas respectivamente por Juko y Cario, volaban raudas, una vez dejado el mando de la base de Deimos al comandante Jor con los diez cautivos liberados convenientemente armados, en dirección al asteroide sede del gobierno del conjunto. Iban a emprender la etapa final del suicida complot animados con la esperanza de que el factor sorpresa tuviera también el mismo éxito que en la conquista del reducto del coronel Mosa.

Una vez aterrizaron en un apartado lugar, Juko preguntó a Tule:

—¿Estás dispuesto?

—Sí, general, puedes confiar en mí; haré todo lo posible para

traerlo.

El biólogo entró en la ciudad construida casi en su totalidad con edificaciones de una sola planta, y en la que, escalonadamente, se habían construido altas torres metálicas desde las cuales se emitían continuamente rayos infrarrojos destinados a caldear artificialmente el gélido asteroide. Andó sin premura para no levantar sospechas y luego de torcer en varias calles se paró frente a una casa, donde, después de llamar con insistencia varias veces, fue introducido.

A medida que transcurría el tiempo, la impaciencia de Juko iba en aumento así como la de los cuatro comandos terrestres, si bien por causas diferentes, Juko aguardaba el regreso de Tule y los humanos, visiblemente decepcionados, tenían ganas de actuar, pues en su interior no estaban satisfechos de la poca resistencia que encontraron para reducir la base de Deimos después de tan prolongado viaje por el espacio.

Por fin, uno de los comandos dio la novedad a Tabis.

—Se acercan un par de esos tipos raros; ¿les doy el pasaporte para que vayan a calentarse en el infierno?

—Espera, posiblemente son los individuos a quienes aguardamos.

Efectivamente, poco después llegaban Tule y otro hombre-pez, el cual, por el lento andar y lo rugoso de la piel de la cara y cráneo, debía de tratarse de un anciano. Luego de mirar con patente asombro a los terrestres, penetró en el interior de la cosmonave convertida en provisional sala de conferencias.

—Celebro que hayas acudido a mi llamada, Fac.

—¡Hola, general! ¿Qué quieres de mí?

—Te supongo enterado de la situación en que me encuentro.

—Sí, sé que te separaron del ejército y te deportaron a las minas.

—¿Conoces las causas?

—Concretamente, no.

—Pues voy a explicártelas —y a continuación Juko expuso al llamado Fac cuáles eran los insensatos proyectos del Gobernante Mayor y el firme propósito que se había impuesto de impedirlo a toda costa.

—¡Pero lo que pretendes es ilegal!

—¿Acaso lo es la locura del gobierno?

—No, pero ¿qué puedo hacer yo?

—Tú has sido durante muchos años nuestro Gobernante Mayor, nos has conducido sabiamente al progreso y todos los pueblos te quieren. Mi intención es suplicarte que vuelvas a ocupar el puesto ahora que te necesitamos como nunca. Tenemos el imperioso deber

de salvar no sólo la vida de los habitantes del U.P.H. sino también la de muchos de nuestros hermanos de raza, pues los terrestres no serán vencidos tan fácilmente como creen; están enterados de la pretendida invasión y lucharán unidos hasta el final empleando sus poderosas armas destructivas.

—Comprendo tus razonamientos, Juko, pero yo soy un anciano retirado…

—Querido y respetado por todos —interrumpió vigorosamente el general.

—Fac —intervino Tabis—, los terrestres, o sea los habitantes del U.P.H., no deseamos la guerra con habitantes de otros mundos, queremos fervientemente la convivencia pacífica de todos los seres inteligentes de cualquier parte del sistema, por diferentes que sean nuestras razas. Te suplico que recapacites una sola pregunta: ¿qué bien reportará a tu pueblo y al mío semejante destrucción?

Fac miró detenidamente a Tabis, y antes de formular la pregunta, el atlante leyéndole la mente la contestó:

—He convivido con gente de tu pueblo aproximadamente unos dos años; soy uno de los humanos que se evadió con Juko de las minas.

—¿Cuándo intentarás el golpe, general?

—Si aceptas hacerte cargo del gobierno, inmediatamente; hemos de aprovechar las pocas horas que restan de noche.

El hombre-pez guardó silencio durante un rato, meditando cuanto acababa de narrarle el militar de cuya honradez y sinceridad no abrigaba la más ligera duda. Conocía al general desde hacía muchos años y sabía que acababa de explicarle la verdadera situación. Dos mundos necesitaban de él y no podía negarse a evitar la espeluznante catástrofe y a la consecución de una apetecida paz.

—Puedes contar conmigo, general.

—Estaba seguro de ello, Fac, amas demasiado a tu pueblo para abandonarlo en trance tan difícil.

Conseguida la colaboración de Fac, Juko pasó a ultimar el plan de ataque formado ya en su viaje hacia los asteroides.

—Tabis, tenemos un problema, ¿qué hacemos con los científicos?

—Tule nos es fiel y otro de ellos tampoco quiere secundar al gobierno. La incógnita sólo radica en dos.

—No podemos matarlos ni dejarlos en libertad…

—Si sienten hacia Fac la misma admiración qué tú, podemos dejarlos junto a él, no creo que nos traicionen.

El dinámico Juko, inteligente militar, dotado de suma habilidad

política, penetró en la nave de Cario y después de unos momentos de conversación regresó junto a Tabis.

—Admiran a Fac y permanecerán aquí con él mientras nosotros vamos a intentar dar el golpe mortal a nuestros enemigos. En total, seremos nueve ¡muy pocos para salir triunfantes!

—En cualquier nación de la Tierra sería imposible, pero aquí, según tú, nunca se ha dado el caso de derrocar un gobierno por la fuerza de las armas.

—En esta circunstancia estriba mi confianza. La guardia del palacio gubernamental, en realidad, es un mero adorno símbolo del poder… por eso me duele tener que desembarazarme de ellos.

—Siempre es preferible el sacrificio de unas pocas vidas, aunque sean de tu raza, a la destrucción de un mundo civilizado.

—Si tus hombres están dispuestos, adelante.

—Perdona, Juko, pero voy a introducir una variante en el ataque: tú no irás en vanguardia, te colocarás el último porque tu vida es la más importante de todas.

Amparados por la oscuridad de la noche, pronto entraron en la ciudad tenuemente iluminada con la luz azulada del alumbrado artificial. Anduvieron silenciosamente, abriendo la marcha Tule, que se había convertido en el guía de la menguada tropa, hacia las dependencias que albergaban la sede del gobierno central y donde, al propio tiempo, tenía la residencia el Gobernante Mayor.

Al cruzar una de las espaciosas avenidas, una pareja de guardias nocturnos vio al grupo y, aunque estaban lejos para percatarse de la presencia de los humanos, al encontrar inusitada la concurrencia de nueve individuos en aquellas horas nocturnas, precavidamente empuñaron las pistolas mientras se acercaban a ellos al objeto de investigar. El gesto les fue fatal, pues inmediatamente recibieron en sus cuerpos los aniquiladores rayos láser de los resolutos comandos terrestres.

—Hemos de apresuramos, si descubren los cadáveres será dada la alarma y pronto estaremos rodeados por un nutrido contingente del ejército.

Ya sin precaución, Tule corrió por la calle hasta llegar a unos quinientos metros del objetivo, se paró repentinamente, y con la mano tridáctila señaló hacia una aislada y extensa edificación.

Sin perder un segundo, los comandos tomaron la iniciativa. Arrimándose a las paredes de las casas se encorvaron y corrieron sigilosamente hasta llegar a una distancia prudente. Después se tiraron al suelo y arrastrándose con suma destreza, fueron acercándose silenciosamente como reptiles a la caza de la presa.

Los dos centinelas que montaban descuidada guardia hallaron la muerte sin darse cuenta de la causa de su trágico final al caer fulminados al suelo por las descargas certeras de las pistolas de los terrestres.

Vencido el primer obstáculo, se levantaron con increíble agilidad y corrieron seguidos por el resto de los asaltantes hacia el interior, donde cada uno, grabado en la mente el plano del lugar y como si ya hubieran estado anteriormente en el palacio, se dirigió al puesto previamente designado por Juko.

La próxima víctima fue una humanoide del sexo femenino. Empleada en el servicio doméstico, al cruzar uno de los amplios corredores se encontró frente a lo que para ella era un monstruo y antes de que pudieran impedirlo gritó horrorizada. La descarga mortal no pudo evitar el alarido de terror que, en la quietud de la noche, sonó estridente, pudiéndose escuchar en casi todo el palacio. De manera fortuita, había sido dada la alarma.

Dos de los comandos retrocedieron inmediatamente hasta la entrada y tumbados en el suelo, para ofrecer menos blanco, sé prepararon para repeler la posible intervención de refuerzos.

El ruido de la bala explosiva al estallar en la pared a pocos centímetros por encima de la cabeza de los asaltantes aumentó la confusión. El segundo disparo del hombre-pez fue más preciso, pues en el instante que uno de los terrestres se volvía para hacerle frente, la bala le estalló en el estómago derribándolo al suelo tras emitir un quejido doloroso. Tabis actuó de inmediato, antes de que el humanoide volviera a emplear el arma, lo abatió con una descarga del productor de rayos láser. Seguidamente, movido por el instinto de su profesión se arrodilló junto al caído y confirmó el presentimiento de que habían tenido la primera baja: el comando tenía el abdomen totalmente destrozado.

Entre tanto, Juko continuó caminando seguido de Cario y Tule, mientras Tabis, el biólogo ayudante y el terrestre indemne guardaban sus espaldas con las pistolas prontas a disparar.

Al llegar frente a una cerrada puerta vitrificada, el general, conocedor de la dureza del material, hizo uso por primera vez del arma facilitada por sus aliados terrestres y apretó el disparador. Inmediatamente, la resistente fibra sintética al entrar en contacto con la potente energía del láser se derritió como por ensalmo. De una fuerte patada acabó de abrirse paso y penetró en el dormitorio del Gobernante Mayor, quien, despertado por el fragor de la pequeña escaramuza, estaba incorporándose de la cama.

—Date preso, Yuli; tu mandato ha terminado.

—No me hagas reír, Juko; ¿ignoras que únicamente puedo ser destituido por una asamblea nacional y que nadie te aceptará como Gobernante Mayor? En verdad, te creía más sensato.

—Y yo a ti. Ya ves, ambos estábamos equivocados en nuestros respectivos conceptos…; pero, por de pronto, quien manda soy yo.

—Eres un insensato y pagarás cara tu estupidez, no serás deportado de nuevo a las minas, serás fusilado.

—Pero tú no vivirás suficiente para verlo —dijo sin poder controlarse Tule, a la par que disparaba sobre él.

—No debías haberlo hecho —recriminó Juko al biólogo cuando contempló al mutilado cadáver de Yuli derrumbado como un pelele sobre la cama.

—Perdona, general, he obrado impulsado por un arrebato de ira.

—Tal vez sea mejor así. Seguidme.

A través de las habitaciones privadas, los tres asaltantes se dirigieron al despacho destinado a la suprema jerarquía del mundo de los asteroides, indiferentes a las miradas de terror de los servidores que encontraban a su paso y veían a Cario.

Al penetrar en la amplia estancia, Juko ocupó la mesa y oprimió el pulsador número cuatro de la línea de conmutadores.

—Atención, astropuerto, habla el general Juko, jefe del ejército de navegación aérea. Que todos los tripulantes ocupen sus puestos y despeguen de inmediato todas las naves disponibles. Deberán sobrevolar por el área del palacio gubernamental y permanecer en espera de nuevas instrucciones. ¿Comprendido?

Al ser cursada la orden por conducto de la línea privada del Gobernante Mayor, en la base del astropuerto del asteroide, pese a haber sido efectuada por el destituido general, la obedecieron de inmediato y a los pocos segundos siete naves espaciales sobrevolaban por encima. Juko, inteligentemente, acababa de procurarse una poderosa fuerza de contención o ataque, según precisara.

En el interior del palacio, parecía haberse reducido a los pocos defensores, pues reinaba una calma aparente. Por el contrario, en la puerta de acceso debía de haberse recrudecido el pequeño combate porque las fuertes detonaciones de las balas explosivas de las armas de los hombres-pez sonaban con mayor cuantía.

Pero la suerte estaba de parte del general insurrecto. Antes de que tuviera tiempo de tomar una decisión y ordenar la entrada en combate de las naves, se iluminó un pequeño disco junto a uno de los pulsadores de las líneas privadas de comunicación y Juko oprimió el correspondiente interruptor.

—Habla el coronel Miela solicitando instrucciones. He sido advertido de que se han escuchado detonaciones en el palacio y al mandar una patrulla han sido detenidos por unas desconocidas descargas que los aniquilan.

—Coronel Miela, ordena el cese inmediato del asalto. Después, te dirigirás con un vehículo a las afueras de la ciudad, en la parte sur saliendo por la calle Tres, allí verás una nave posada en el suelo, donde encontrarás a Fac, ponte a su disposición y dale escolta hasta aquí.

—¿Qué ocurre, Yuli?

—Obedece —respondió imperioso Juko, cortando la comunicación.

Luego, al no escucharse más detonaciones, dijo a Tule:

—No es conveniente que vean a los terrestres. Búscalos y tráelos. En la puerta únicamente esperaréis a Fac tú y el otro científico.

Poco después, penetraban en el despacho Tabis y dos de los comandos supervivientes transportando los mutilados cadáveres de los compañeros que perdieron voluntariamente la vida a cambio de salvar la de millones de sus congéneres.

—Pasad a esa habitación y aguardad; creo que hemos tenido un éxito rotundo.

***

En la medida del tiempo terrestre habían transcurrido más de seis meses. Por segunda vez, se estaba aguardando la llegada de una cosmonave procedente de allende el planeta, en el mismo lugar que emprendió el vuelo con un intento desesperado de evitar la gran catástrofe que se ceñía sobre la Tierra. Se esperaba a los expedicionarios con el mismo encubrimiento, sin clamorosos recibimientos ni ostensibles honores. De aquella heroica gesta, y para una futura eventualidad, sólo quedaría archivado un voluminoso legajo de documentos altamente secretos.

Faltaban pocos minutos para las tres de la madrugada, cuando se avistó en el firmamento el ingenio espacial. Con igual precisión, repitió la maniobra de aterrizaje y parte de los asistentes pudieron contemplar nuevamente uno de los ya mal denominados O.V.N.I., en torno de cuya existencia tanto se había polemizado.

Tan pronto se abrió la puerta de acceso a la nave, descendieron los cuatro terrestres supervivientes: Tabis, Cario y dos comandos.

Sin mediar palabra, el ministro de Defensa, con lágrimas de emoción y gratitud, fue a su encuentro y los abrazó fuertemente uno tras otro.

—Señor ministro, puedo asegurarle que la Tierra jamás volverá a correr el peligro de una destrucción total por parte de los habitantes del mundo de los asteroides —fueron las primeras palabras del obsesionado Tabis.

—Deberíais haber sido recibidos con toda clase de honores, pero como las circunstancias no lo aconsejan, dejadme que os diga de todo corazón una sola palabra: ¡gracias!

Después de la ferviente salutación del ministro, un hombre, que no había dejado de contemplar maravillado a la posada cosmonave, se aproximó al grupo y dijo:

—Como Presidente de los Estados Unidos de América os doy la bienvenida y uno mi agradecimiento y el de todos los habitantes de la Tierra, que siempre ignorarán las causas motivo de vuestro heroísmo, al del ministro de Defensa.

Luego, después de prolongada conversación, pasaron al interior de la nave ante la complacencia de Jor y el copiloto, a quienes Tabis tradujo las sinceras palabras del primer dignatario de nación tan poderosa.

Epílogo

Por el ancho corredor del pabellón destinado a siquiatría, un hombre y una joven ataviados con la característica indumentaria blanca de la clase médica, van hablando abstraídos en animada conversación. El médico, mientras explica, va mostrando a su compañera unos resultados encefalográficos, tema de la conversación. Al comprender que no es escuchado, dirige la atención hacia donde la mujer, notablemente agitada, no cesa de mirar. Al final del corredor, dos hombres gigantescos acababan de abandonar el ascensor.

Un grito ronco, alegre, emocionado, indefinido, suena fuertemente pronunciado por el colega femenino.

—¡Tabis!

Y sin más, dejando caer al suelo las gráficas, echa a correr hacia los recién llegados.

El atlante abrió los brazos, y, sin pronunciar palabra, recibió sobre su pecho a Esther, la abrazó apasionadamente y, levantándola en vilo sin aparente esfuerzo, la besó una y otra vez.

—¡Demonios! —exclamó, pasmado, el siquiatra, sin salir de su asombro.

—¿Y para mí no hay nada, hermana?

Tabis depositó suavemente a Esther en el piso y gozosa contestó:

—¡Cario, qué contenta estoy! —y levantó la cara para que también la besara.

Pasada la efusión del encuentro, Tabis preguntó a Esther todavía trémula y asida a su brazo:

—¿Domenica?

—Dejó amigable y definitivamente su trabajo. Desde vuestra partida ha continuado viviendo conmigo, así, una consolaba y animaba a la otra, para que la espera no fuera tan descorazonadora. Ahora, vayamos a mi despacho para celebrar vuestro regreso.

—Antes quisiera ver a Domenica, si no os importa yo…

—Tú vienes con nosotros, Cario; no seas tan impaciente.

Durante unos instantes, Esther, mientras saboreaban sendas copas de champán traído exprofeso para celebrar el acontecimiento, dejó solos a los dos atlantes y salió a la pequeña sala de espera. Cuando regresó de nuevo, miró a Cario y le dijo:

—Sé amable conmigo y siéntate detrás de mi mesa, me gustaría ver qué aspecto ofrecerías si también fueras médico como nosotros.

Al estar aislado de ruidos exteriores el consultorio del Centro, no escucharon cómo los altavoces de la planta indicaban:

—Enfermera Perroni, acuda de inmediato al despacho de la doctora Ferguson.

Cario, para cumplimentar a Esther, se sentó tras la mesa y cuando iba a hablar sonaron unos ligeros golpes en la puerta.

—¡Adelante! —dijo Esther.

Al abrir, apareció en su marco una hermosa enfermera, miró al hombre sentado y alborozada, más que una exclamación, gritó:

—¡Cario, amor mío!

Y movida por el ímpetu de la sangre ardiente de la raza latina, corrió hacia el hombre tan amado para besarse ardorosamente.

***

Prácticamente, la navegación marítima había caído en desuso absorbida casi en su totalidad por los colosales y rápidos aviones comerciales.

No obstante, algunas compañías navieras continuaban manteniendo en servicio a navíos de gran tonelaje a los que se había dotado de todas las comodidades para el solaz de todos aquellos viajeros que deseaban disfrutar de un siempre recordado crucero de placer.

Aquel día, en el lujoso buque había más bullicio del acostumbrado a consecuencia del acontecimiento. El capitán, haciendo uso de antiquísimas prerrogativas, uniría en matrimonio, en mitad del Océano Atlántico, a dos parejas de singulares novios.

Tras la ceremonia de ritual, y ante la alegre expectación de los pasajeros que llenaban por completo la suntuosa sala, el marino pronunció sobre el lugar que antaño fuera la Isla, la Atlántida, las palabras tan esperadas por Tabis y Esther y Cario y Domenica.

—…y os declaro marido y mujer.

FIN

Próximo número:

OJOS DE MUERTE

Vic LOGAN

…y de entre el fuego surgió aquel extraño ser que se convirtió en la pesadilla de los habitantes de la estación interplanetaria…

Era… ¡EL CRIMINAL DEL ESPACIO!